

ACRACIA

REVISTA SOCIOLÓGICA

Publicación mensual de treinta y dos páginas, á una peseta trimestre, y más el exceso de franqueo en el extranjero

Agosto de 1887

Año II

N.º 20

La correspondencia administrativa y de redacción dirijase á Bienvenido Rius, San Olegario, 2, pral.; Barcelona

LAS MENTIRAS CONVENCIONALES DE NUESTRA CIVILIZACIÓN (*)

I

Prefacio

El autor pretende reproducir fielmente el criterio de la mayoría de los hombres instruídos de su época. Convencido se halla de que en el seno de las naciones civilizadas viven millones de hombres, cuyas reflexiones propias les inducen á criticar lo mismo que él critica, y á pensar también que esta organización social se halla en oposición con la sana razón, con las ciencias experimentales, físicas y naturales, y no puede, por tanto, ser apoyada.

No obstante, la hipocresía fingirá escandalizarse. La enfermedad moral de nuestra época es la cobardía. Falta el valor de asumir la responsabilidad de lo que se cree y de obrar según las propias convicciones; créese más hábil conformarse con las costumbres y cubrir las apariencias, afectando respetar las convicciones ajenas, y merced á esa falta de energía la mentira triunfa.

El autor cumple su deber; que hagan otro tanto cada uno de los hábiles que se cobijan bajo la hipocresía, y seguramente hallarán con sorpresa que se encuentran en mayoría; no tendrán más que contarse para ser los más fuertes, y verán como es más ventajoso ser sincero y consecuente que persistir en la duplicidad y el disimulo.

Mane, Thecel, Phares

La humanidad ha buscado en vano la ciencia y la felicidad. La instrucción y la civilización se extienden hasta los países más salvajes; cada día surge un descubrimiento que hace la tierra más habitable y más soportable la existencia; pero eso no impide que el descontento, la inquietud y la agitación sean mayores. El mundo civilizado es como una inmensa sala de enfermos que llenan el espacio con sus gemidos y viven sometidos á los más crueles sufrimientos. En ningún país reina la alegría y la felicidad: en todas las fronteras se percibe el rumor de siniestras querellas, de combates, de rebeldías contra brutales opresiones.

En Alemania el socialismo socava los cimientos del edificio político y

*) Como prometimos en el número anterior, damos comienzo al extracto de *Las Mentiras convencionales de nuestra civilización*, por Max Nordau, trabajo en que se hallan condensadas del mejor modo que nos ha sido posible todas las ideas, afirmaciones y demostraciones del autor sin alteración alguna, reservando nuestro juicio, si lo creyésemos prudente, para la terminación de la obra.

social, sin que puedan detener su obra silenciosa y subterránea ni las leyes de excepción, ni el estado de sitio, ni los poderes discrecionales de la policía. El antisemitismo es un pretexto que encubre el odio de los pobres contra los ricos, el temor de un concurrente poderoso de la burguesía, la exageración del patriotismo y la pretensión irrealizable de la unidad étnica y política del pueblo alemán. Un mal secreto cien veces señalado pero falto de explicación impulsa á millares de individuos á la emigración, constituyendo como una hemorragia del cuerpo nacional rebelde á todo tratamiento.

En Austria-Hungría diez nacionalidades diferentes luchan entre sí tratando de hacerse todo el mal posible. En cada provincia, casi en cada aldea, las mayorías subyugan á las minorías, y cuando éstas no pueden resistir, fingen la sumisión, ocultando la rabia que les devora y deseando hasta la destrucción del imperio como su única salvación.

Rusia parece vuelta á la barbarie primitiva. La administración ha perdido todo sentimiento de solidaridad pública, y los empleados viven de la rapiña, la venalidad y el tráfico de la justicia; los hombres instruídos se entregan en su desesperación al nihilismo, y los estadistas, unos sueñan con el establecimiento del régimen parlamentario; otros reclaman la supresión de toda importación europea y afirman el absolutismo sagrado del czar, y otros predicán la guerra á la Alemania, Austria y Turquía, en tanto que la masa popular roba y asesina á los judíos y lanza miradas de envidia á los castillos señoriales.

Inglaterra hállase entregada á una tranquilidad aparente que encubre los mayores peligros. La iglesia, y la nobleza de la sangre y la del dinero, vigorosamente organizadas, defienden sus intereses. La burguesía finge piedad y se inclina ante los títulos nobiliarios. El obrero y el arrendatario quedan fuera de esta conjuración, reclaman su parte del capital y de la tierra, fundan asociaciones de libre-pensadores y republicanos y amenazan á la monarquía y á la aristocracia. Y esto sin contar con la situación de Irlanda, donde la revolución económica ha comenzado su marcha irresistible, domina el asesinato, y si el gobierno subyuga á aquel pueblo por el terror, verá como los que nada poseen despojan por la fuerza á los propietarios, ejemplo que pronto tendrá imitadores en Inglaterra y en otros países.

En Italia una monarquía débil vacila ante la marea ascendente del republicanismo. Los jornaleros de los arrozales de Lombardía y de los desiertos pantanosos de la Romanía, víctimas de la fiebre y de la pelagra (1), emigran en masa ó inquietan por qué los grandes propietarios les explotan á razón de 50 céntimos diarios. Desde la unificación de Italia la juventud carece de ideal, aunque la *Irredenta* trata de proporcionársele, y los sufrimientos del pueblo se manifiestan por la Camorra, la Mafia, el fanatismo religioso y el cristianismo comunista primitivo.

Francia es la nación cuya salud política parece más asegurada; pero

(1) *Pelagra*, enfermedad grave que se manifiesta por ciertas manchas en la piel, producida por el uso casi exclusivo y continuado del maíz como sustancia alimenticia.



allí también abundan los gérmenes del mal. Sus oradores populares predicán con vehemencia el reparto de bienes; el cuarto estado trata de apoderarse del gobierno y de arrojar del presupuesto á la burguesía que monopoliza el poder desde 1789. Los antiguos partidos ven el peligro pero son impotentes para evitarle.

Todos los países, los poderosos como los débiles, tienen su grave llaga, y creen encontrar, ya que no la salud, un lenitivo al menos, sacrificando todos los años muchos millones al militarismo, del mismo modo que los señores de la Edad Media esperaban curar sus enfermedades ofreciendo sus bienes á la Iglesia.

*

La oposicion existente entre pueblos y gobiernos, el odio que recíprocamente se profesan los partidos políticos y la fermentación que entre las diferentes clases sociales se nota, no es más que una forma de la enfermedad general de la época; la misma en todos los países aunque, según el caso, se llame nihilismo, fenianismo, socialismo, antisemitismo, *Irredenta*, etc. Otra forma más grave de esa enfermedad se manifiesta en el profundo descontento y en la melancolía que reina en todas partes, constituyendo la nota característica de nuestra época, del mismo modo que la cándida alegría era la de la Antigüedad clásica, y la devoción, la de los primeros siglos de la Edad Media. Cada individuo siente un mal estar y una irritación que generalmente atribuye á causas accidentales, erróneas siempre.

Este mal se trasluce en todas las manifestaciones del pensamiento. La literatura y el arte, la filosofía y la ciencia positiva, la política y la ciencia económica, hállanse gravemente atacadas de él. Apareció en la literatura á fines del siglo anterior. Cuando las clases elevadas vivían aun encenagadas en la orgía, y los pobres parecían brutalmente conformados, Rousseau lanzó el grito de libertad, declarando la guerra á un presente que no carecía todavía de grandes encantos, y habló con entusiasmo del retorno á un estado natural que no asimilaba, sin embargo, á la barbarie primitiva; era en su pensamiento una especie de alegoría que, aunque diferente de la realidad, se le asemejaba al menos, y que tuvo eco en el ánimo de sus contemporáneos.

Las declamaciones de Rousseau dieron nacimiento al romanticismo, que, despreciando lo presente, busca su ideal en lo pasado, no como fué, sino poetizado por la imaginación. Surge luego la escuela naturalista, que, presentando lo existente con toda su odiosa fealdad, hace suspirar por una sociedad mejor. Las dos tendencias, lejos de establecer oposición entre sí, conducen al mismo objeto, y resulta que la literatura se convierte en dura y acerba crítica de la sociedad.

En el arte se ve constantemente y en todos los países la incertidumbre, la amargura y el descontento traducirse por unos en dolor ó en odio y llegar en otros hasta el vivo deseo de un cambio de existencia. El arte antiguo tenía por objeto la reproducción de lo bello; el arte actual examina la naturaleza con desconfianza, con mirada ejercitada en descubrir

los defectos y las fealdades. Cuando Fidias esculpe su Júpiter y Rafael pinta su Madona, guía su mano una cándida admiración de la forma humana, dispuestos siempre á corregir con discreta mano cualquier ligera imperfección de la naturaleza. El artista contemporáneo, aunque reconozca la belleza, trata de mancillarla rebajándola, y si reproduce el cuerpo desnudo de la mujer, le ultraja por rasgos de sensualidad y libertinaje. Mientras el arte antiguo es un perpetuo ditirambo, el moderno es una crítica sin fin y frecuentemente injusta.

En filosofía domina el pesimismo, tanto en la de las escuelas, como en la de aquellos que, sin hacer de ella su ocupación especial, se interesan, no obstante, en los grandes problemas del conocimiento humano.

En economía social manifiéstase la misma enfermedad de un modo bien característico. No existe ya en el rico la plácida alegría de la posesión, ni en el pobre la resignación paciente de la miseria. Ve el rico en los hombres y en los acontecimientos una amenaza vaga, pero positiva, y considera su fortuna como un préstamo que puede serle brutalmente reclamado de un momento á otro; el pobre, poseído de desesperación, ambiciona los bienes ajenos, y no encuentra en sí ni en la constitución del mundo razones suficientes para permanecer pobre y desterrado del banquete de la vida. El rico teme, el pobre espera, y esto constituye los polos de la inestabilidad.

En la política interior de todos los Estados las oposiciones son más rudas y las luchas de los partidos más encarnizadas que nunca. Los defensores moderados de lo existente se acaban y no se encuentra un quietista político que intente agrupar partidarios de su idea. Ya no hay conservadores en la verdadera acepción de la palabra, y la defensiva ha cesado de ser un método de lucha política. Sólo se trata ya de una revolución para retroceder ó para apresurar el planteamiento de lo porvenir. Reaccionarios y liberales execran igualmente lo presente.

Esta agitación general trasciende de un modo deplorable sobre la vida individual, y sus manifestaciones más patentes son el alcoholismo y el suicidio. Hasta el escepticismo, enfermedad moral á la moda, no es más que una forma del general descontento de lo existente.

*

Surge la duda de si este cuadro corresponde sólo á lo presente ó si puede aplicarse también á las épocas anteriores.

Es indudable que los hombres han sufrido siempre, y la edad de oro no es más que una creación de la fantasía. El pesimismo tiene un fundamento fisiológico y la conformación de nuestro organismo implica una suma de sufrimientos. Tenemos conciencia de nuestro yo porque sufrimos y no se nos revela sino por el sentimiento de su límite. Así como en una habitación oscura percibimos la existencia de las paredes porque con ellas tropezamos, el hombre adquiere la conciencia de sí mismo por el dolor, y la oposición entre el sujeto y el objeto se revela por un malestar constante. Pero si es verdad que la humanidad ha sufrido siempre, si en todo tiempo ha sentido el doloroso contraste entre el deseo y la pose-

sión, entre el ideal y la realidad, nunca el descontento ha sido tan general ni se ha manifestado por tantas causas y en formas tan radicales.

A cualquier época de la historia que nos remontemos encontramos lucha de partidos y revoluciones, pero todas las revoluciones que menciona la historia hasta estos últimos tiempos tenían una extensión relativamente restringida, concerniente á un número limitado de hechos intolerables. El fondo de la política interior de la Roma republicana era la lucha de los plebeyos contra los patricios, y las aspiraciones de las masas proletarias se limitaban á la participación legítima de la propiedad territorial y á la intervención en los negocios del Estado, pero no llegó nunca á la idea de rebelarse contra el orden político y social.

Los grandes movimientos de la Edad Media tienen una significación moral más profunda. Los destrozos de los iconoclastas, las cruzadas y el fanatismo de valdenses y albigenses nos revelan una profunda agitación, y los hombres que por su fe mataban ó se hacían matar manifiestan con toda evidencia que no eran optimistas satisfechos del presente; pero su fe les impidió levantarse contra el orden social, porque confiaban ciegamente en la felicidad de la vida eterna.

Llegó un tiempo en que se debilitó la fe y la religión no fué la barrera infalible para contener el espíritu revolucionario de los descontentos, y sobrevino un momento crítico en que faltó poco para que la duda y la melancolía propias de nuestra época se manifestase cuatrocientos años más pronto. Sin embargo, no se resignan fácilmente los hombres á perder sus ilusiones, y la lucha por un ideal consolador se llama en la historia la Reforma, movimiento que produjo el triste efecto de prolongar algunos siglos el estado de somnolencia de los pueblos.

Es preciso llegar á la Revolución francesa para encontrar un pueblo á quien las condiciones existentes le parezcan tan intolerables que se decida á suprimirlas á toda costa y por todo género de sacrificios. Por la primera vez en la historia de la humanidad asistimos á un gran movimiento popular que no se dirige contra un objeto único, sino contra la totalidad de las instituciones. Esta vez no aspiran ya los pobres á la posesión del *ager publicus*, como los plebeyos de Roma; los desheredados y los esclavos no reivindican la libre disposición de sí mismos, como los partidarios de Espartaco; no se contentan con privilegios especiales como los pecheros en las conmociones de las ciudades en la Edad Media; no se trata ya de soñadores que buscan consuelo como los sectarios: todo junto hállase en la gran Revolución con la añadidura de que es á la vez material é intelectual: reniega de la fe, discute la forma existente de la posesión individual y trata de reconstituir el Estado sobre nueva base y con arreglo á un nuevo plan.

Para rebelarse tan impetuosa y radicalmente contra todas las instituciones era preciso haberlas hallado terriblemente absurdas y haber sufrido de un modo inconcebible, y sin embargo, en la Revolución existe un inagotable optimismo; aquellos revolucionarios tenían la firme con-

vicción de que poseían medios infalibles para asegurar la absoluta felicidad de los hombres.

Esta rápida excursión á través de los siglos manifiesta que el estado moral del presente no tiene semejante en el pasado. Un momento análogo ofrece la historia universal: la época de la agonía del mundo antiguo; pero entre estas dos épocas análogas existe una última diferencia. En la Roma imperial la desesperación sólo alcanzaba á los privilegiados de la inteligencia; en nuestra época se extiende á la mayoría de los hombres civilizados, y aunque la diferencia sea de cantidad y no de calidad, esa misma extensión constituye lo temible de la enfermedad.

*

Vivimos en un estado moral intolerable, á pesar de que nuestro tiempo hace accesibles, aun á los más pobres, una multitud de satisfacciones intelectuales y materiales que antes ni un rey podía procurarse. Débese esto al contraste que existe entre nuestra concepción del mundo y todas las formas de nuestra vida intelectual, social y política. Hay un abismo infranqueable en nuestro entendimiento entre lo que sentimos ser la verdad y las instituciones tradicionales bajo las cuales nos vemos obligados á vivir.

Tenemos una concepción científica del mundo; le comprendemos como una sustancia que tiene por atributo el movimiento, que, fuerza única positiva, llega á nuestra percepción bajo la forma de diferentes fuerzas; vemos el movimiento regido por leyes fijas, que en parte hemos reconocido, definido, probado experimentalmente y cuya otra parte prevemos; tenemos estas leyes por inmutables sin que se les conozca excepción alguna, y abandonamos como irresoluble la cuestión de las causas primeras y del principio de las cosas. Por comodidad y como conclusion provisional de una serie de ideas que, según las leyes del pensamiento, no pueden permanecer en estado fragmentario, admitimos, aunque no podamos demostrarlo, la eternidad de la materia; y esta hipótesis que nos basta para explicarnos todos los fenómenos sin contradecir nuestra idea de la acción de las leyes naturales, nos hace inútil la hipótesis, igualmente indemostrable, de Dios.

Si del conjunto del mundo descendemos á la humanidad, nuestra concepción científica nos conduce necesariamente á ver en el hombre un sér viviente que se refiere sin interrupción á la serie de los organismos y que bajo toda clase de relaciones está regido por las leyes generales del mundo orgánico. No hay para el hombre privilegios especiales ó estados de gracia que no estén al alcance de los demás seres animales ó vegetales. El desarrollo del hombre, como el de todos los seres, sólo ha sido posible por la selección, y ésta y la lucha por la existencia constituye la historia de la humanidad.

De esta concepción del mundo deducimos todos los principios de nuestro modo de vivir así como las ideas de derecho y de moral; base de nuestra civilización, nos penetra con el aire que respiramos, nos es imposible sustraernos á ella, y domina al papa, que la condena con su encí-

clica, y á los jesuistas, que creen preservarse de ella encerrándose en un baluarte de teología y escolástica de la Edad Media.

Y con esta concepción del mundo, vivimos en una civilización que admite que un hombre, por la casualidad del nacimiento, adquiera autoridad sobre millones de sus semejantes probablemente mejores que él; que un hombre que pronuncia palabras sin sentido y hace gestos ridículos sea honrado como representante de lo sobrenatural; que una muchacha de clase elevada se case, no con un hombre bello y vigoroso, sino con otro feo y enclenque, porque el primero es plebeyo y el otro noble; que un obrero sano y fuerte perezca de miseria, mientras un holgazán enfermizo é impotente disfrute de una riqueza de que no puede gozar! Creemos que la humanidad ha salido de formas vivientes inferiores, y sabemos que todos los individuos, sin excepción, nacen, viven y mueren en virtud de las mismas leyes orgánicas, y se nos obliga á inclinarnos delante de un rey. Sabemos que todos los fenómenos se rigen por leyes inmutables, y pagamos curas para que impidan el cumplimiento de esas leyes. Estamos persuadidos de los beneficios de la selección, y nos oponemos á ella por la convención del matrimonio. Encontramos en la lucha por la existencia el fundamento del derecho y de la moral, y cada día hacemos leyes que la contrarían.

Nuestra vida entera reposa sobre hipótesis tomadas á tiempos pasados, que en nada responden á nuestras ideas actuales. Vivimos en completa contradicción: cada palabra que decimos, cada acto que ejecutamos es una mentira respecto á lo que en el fondo de nuestro pensamiento reconocemos como verdad. Nos parodiamos, por decirlo así, y representamos una eterna farsa, y en los momentos que profundizamos el fondo de nuestra conciencia debemos sentir desprecio hacia nosotros mismos y hacia el mundo en que vivimos.

Esta contradicción constante entre nuestras ideas y todas las formas de nuestra civilización, la necesidad de vivir en medio de instituciones reconocidamente falaces es lo que nos hace pesimistas y escépticos; esa es la sangrienta llaga del mundo civilizado; por eso pierde nuestra generación el atractivo de la vida y el deseo de la lucha; ese es el origen del malestar febril que atormenta á los pensadores de todos los países.

En ese conflicto se halla envuelta la solución del misterioso enigma del espíritu contemporáneo.

Á PROPÓSITO DE ORGANIZACIÓN

A continuación publicamos un artículo de *Le Révolté* con este título, que seguramente leerán con gusto nuestros lectores. La circunstancia de haber publicado el trabajo *Acratismo societario*, que terminamos en el número anterior, y la publicación del de *Le Révolté* con muy atinadas observaciones y elevación de pensamiento, nos induce á creer que el proletariado revolucionario está verdaderamente en los comienzos del fin por el cual anhelamos: la Emancipación Social.

Después del derrumbamiento de la magna Asociación Internacional

de los Trabajadores, á la vez aniquilada interiormente y acosada por los poderes; después de la gran crisis revolucionaria que hemos atravesado (y que todavía atravesamos), como para darnos buena cuenta de nuestra posición, razón de ser y modo de combatir por la realización de la común aspiración de los trabajadores de todos los países; después de este desbarajuste necesario para arrancar del idealismo toda fantasía y de toda realidad lo positivo, y madurados así principios como medios de lucha; después de todo esto, en fin, forzosamente la reflexión, la ciencia social, producto de profundos estudios, debía venir en nuestro auxilio para emprender el recto camino que ha de conducirnos con seguridad al logro de nuestras aspiraciones.

Y así vemos cómo la escuela comunista anárquica, abandonando puritanas exageraciones, que la elevaban fuera de la realidad humana; y la escuela ácrata-colectivista, despojándose de resabios autoritarios y de preocupaciones propias de nuestras sociedades, que le impedían ver claro el emancipador sendero, convergen al punto positivo de partida para acometer con suficientes fuerzas al estúpido y bárbaro sistema social que nos envilece y deshonra.

Coinciden las escuelas anarquistas en principios bien determinados y definidos: la Anarquía, como base social; colectivos ó comunes, la tierra y los grandes instrumentos de trabajo. Coincidimos en el mismo criterio liberal: que la sociedad haga lo que le parezca, (la sociedad del porvenir, se entiende), reconociendo que no debemos imponernos por ningún concepto y por ningún pretexto. En principios no discrepamos más que en detalles que determinarán los que presidan la futura sociedad. Ambos reconocemos la Revolución Social inteligente y espontánea á la vez para derrocar la sociedad expoliadora de hoy. Lo único que faltaba era inteligenciarnos para el apresuramiento de la Revolución Social, y esto va á conseguirse dentro de poco, como ya queda dicho, por nuestro progreso societario ácrata, y por la necesidad de organización que manifiesta *Le Révolté* y que no han abandonado nunca los italianos. Ambas escuelas, la comunista y la colectivista, reconocen la necesidad de la asociación, de la organización y de la inteligencia de todas las fuerzas revolucionarias sin menoscabo de los respectivos ideales, y la necesidad de la acumulación de fuerzas para la Revolución Social.

¿Qué más puede exigirse para que la inteligencia sea eficaz?

Para nosotros basta y sobra con lo expuesto; y por esto creemos que hemos emprendido seguro sendero para llegar pronto á la realización de lo que á ambos es común: la Emancipación Social.

Hé aquí cómo se expresa, por cierto muy elocuentemente, nuestro apreciable colega *Le Révolté*:

Si se resumen las diferentes objeciones formuladas contra la idea de organización, se verá que se reducen á una sola: Se teme que los grupos maten la iniciativa individual y que el recíproco acuerdo de los grupos entre sí se convierta en una centralización autoritaria. Tal es, limpia de toda fraseología, la argumentación de los compañeros á quienes asusta la palabra organización.

Vamos á hacernos cargo de cada uno de los argumentos que se nos han opuesto y veremos como, en efecto, á eso quedan reducidos.

Consideremos, en primer lugar, la misma palabra organización. Muchos compañeros la rechazan porque dicen: «Esta palabra ha servido para designar los grupos autoritarios del pasado; los anarquistas no deben organizarse; es una preocupación creer en la utilidad de la organización. Haga cada cual lo que quiera á su juicio y las cosas marcharán por sí solas.» Declaramos, por nuestra parte, que no constituye nuestro flaco la palabra organización; la aceptamos, porque, dígase lo que se quiera, no significa en manera alguna autoridad. Un sér organizado es un sér viviente constituído por la asociación de células reunidas por el solo hecho de sus afinidades y cuyo desarrollo normal se efectúa en tanto que á la agrupación libre de esas células no se le opone traba alguna. ¿No es esta la imagen de lo que debe ser un grupo anarquista? Pero si otros reemplazan la palabra en cuestión por la de libre acuerdo, no vemos mal alguno; poco nos importa, siempre que la cosa sea la misma. Unicamente ha de advertirse que con esas discusiones de palabras se pierde el tiempo y se embrollan las cuestiones más sencillas. A fuerza de querer matar preocupaciones se acaba por ser víctima de ellas; hasta se llega á inventar preocupaciones nuevas para tener la satisfacción de destruirlas.

*

Establecido este punto, réstanos examinar ante todo si es útil la formación de grupos de propaganda; porque si estuviese demostrado, como se ha dicho, que los grupos son perniciosos, la discusión no tendría ya razón de ser; no habría, en efecto, necesidad de acuerdo entre grupos que no deben existir.

No nos detendremos á demostrar que, dados la vida humana y su desarrollo moral, intelectual é industrial, no puede vivirse de otro modo que en sociedad. Esta es una verdad demostrada. Luego si el hombre vive en sociedad, preciso es que encuentre un género de agrupación que le dé el medio de satisfacer sus necesidades, físicas ó intelectuales, de la manera más completa, con el menor gasto posible de fuerzas á la par que disfrutando de la más completa libertad de acción; porque en el caso contrario habría autoridad, y la agrupación que exigiese un sacrificio del individuo ó que produjese una restricción en el bien que podría hacer, no respondería ni á su objeto, ni á las aspiraciones de los asociados; su organización sería viciosa. Debería buscarse una mejor, pero no desechar la asociación.

Ahora bien, si el hombre se ve forzado á asociarse en todos los actos de su vida, lo mismo sucede respecto á la propaganda de las ideas que defendemos. Con raras excepciones, el hombre no obra solo, sobre todo cuando hay lucha; necesita sentir el contacto de los que como él piensan; es preciso que se sienta apoyado. Fuera de este estado físico hay muchos hechos de propaganda que no son posibles sino con el concurso de una masa de individuos; de ahí la necesidad de la agrupación; viene en seguida la necesidad de saber lo que se hace fuera de nuestro alcance, lo que pasa en otras localidades. De ahí otra necesidad, la de establecer relaciones entre esos grupos. Es, pues, necesario por parte de los grupos buscar una organización que se acerque lo más posible al ideal.

Se dice: «Si los grupos se dislocan, es que en sí mismos llevan el germen de la enfermedad que les mata: la autoridad. Los individuos no pueden agruparse según sus afinidades porque entre sí se desconocen. Después los menos activos serán absorbidos por aquellos cuya vitalidad sea más grande, y de este

modo se habrá contribuido á formar personalidades superiores. Por último, los grupos han sido siempre un obstáculo á la acción de la multitud en las revoluciones pasadas.»

*

No queremos ciertamente afirmar que los primeros grupos anarquistas se hallan diferenciado mucho en sus comienzos de los grupos autoritarios; recordamos que en nuestros primeros grupos anarquistas nos servíamos de la votación para conocer la mayoría cuando había contradicción, voto que no entrañaba, sin embargo, la votación obligada de la minoría; nombrábamos delegados á los congresos que debían tomar decisiones, etc. Rechazábamos la autoridad y el parlamentarismo, pero nos servíamos aún de todo su artificio. Poco á poco se fué comprendiendo la inconsecuencia de esta conducta y hemos llegado á habituarnos á prescindir de todo eso. El conocimiento más profundo de las ideas, la elucidación incesante que de las mismas se efectúa ha producido una transformación en nuestra manera de obrar. No tenemos la pretensión de creer que las agrupaciones que se forman al presente sean la última palabra de la idea anarquista, pero no es esto una razón para que nos detengamos en nuestro camino; sólo por la práctica reconoceremos los defectos de nuestra conducta. La experiencia nos enseñará á corregirlos. Unicamente frecuentándose, trabajando en la misma causa pueden los individuos aprender á conocer y á desarrollar esas afinidades que deben unirlos, resultado que no puede alcanzarse de manera alguna en el aislamiento.

En cuanto al peligro de que ciertas personalidades se destaquen del grupo porque aquellos que le rodeen sean menos activos; la objeción no es seria, porque los ambiciosos encontrarán siempre medio de distinguirse de los otros. Si su actividad ha de engrandecerlos en el grupo, mucho más les engrandecerá la propaganda individual, siendo, por lo demás, el miedo á los ambiciosos una cosa muy poco digna. Hay un medio de no dejarlos alcanzar importancia, que consiste en que cada uno obre según sus fuerzas y su temperamento, que cada uno ponga la mano en la pasta, y de esta manera se evitarán las personalidades superiores aprendiendo á prescindir de ellas. Extraño modo de combatir las, condenarse á la inmovilidad y á la inercia bajo pretexto de que otros podrían hacer más y aprovecharse particularmente.

En las revoluciones políticas pasadas las agrupaciones han sido, en efecto, un obstáculo á la acción de la multitud; pero no debe olvidarse que esas agrupaciones sólo tenían por objeto apoderarse del poder y dictar sus voluntades á las muchedumbres. La acción de los grupos anarquistas, por el contrario, debe ser impedir la reproducción de esos hechos y la reconstitución de la autoridad, arrastrar, *por su ejemplo*, la multitud á obrar en el sentido anarquista.

*

Pero esta última frase nos lleva á discutir esta otra afirmación: en la revolución que se prepara ha de dejarse al pueblo obrar por sí mismo; la multitud debe dar su carácter á la revolución venidera. ¿Y nosotros? ¿No somos acaso parte de ese pueblo que debe obrar? ¿No debemos mezclarnos á esa muchedumbre anónima que debe caracterizar la revolución, y nuestros actos no tendrán por objeto impulsarla á obrar de la misma manera? ¿Puede ser otra nuestra tarea si tenemos firme convicción de las ideas que proclamamos? ¿No es el objeto de nuestra propaganda hacer que nuestras ideas penetren en la masa, á fin de que en cuanto sea posible la multitud unánime obre en el sentido indicado por nuestras ideas?

Preséntase aquí la objeción que no puede haber *partido* anarquista propiamente dicho. Las ideas, dicen, no pueden limitarse, la anarquía no se dosifica; cada uno toma de ella cuanto su temperamento, su educación ó su desarrollo tienen necesidad; lo contrario sería lanzar nuestro puñado de preocupaciones en el camino que debe recorrer la humanidad, del cual también tendría que desembarazarse. Dictar nuestras ideas de ese modo es como querer fijar una ortodoxia.

Pero si las ideas no pueden limitarse y si cada uno debe tomar de ellas según necesite, los burgueses pueden llamarse también anarquistas: sólo tomarán de la anarquía aquello que necesiten para justificar su conducta. Eso es lo que hacen cuando discuten con nosotros y nos dicen que nuestras ideas serán aplicables dentro de diez siglos. Por otra parte, ¿podemos admitir lo que hemos oído decir á varios anarquistas: que no han de ocuparse de sus vecinos; que tienen el derecho de satisfacer su voluntad en todo y contra todos, y, si son los más fuertes poco les importa si otros salen perjudicados? Semejante lenguaje tiende únicamente á preconizar el reino de la fuerza, y nosotros, que queremos destruir la aristocracia del capital, admitiríamos el derecho del más fuerte. Queremos la libertad para todos y no exclusivamente en favor de las grandes ambiciones, y si procurar ver claro en las ideas que propagamos, no querer obrar ciegamente y averiguar con quién y á qué objeto nos encaminamos es hacer ortodoxia, queremos esta ortodoxia.

En cuanto al temor de lanzar nuestro puñado de preocupaciones en el camino de la humanidad, si no tuviéramos perfecta convicción de las ideas que defendemos, deberíamos vacilar en nuestra conducta; podríamos preguntarnos si nuestro trabajo constituiría una rémora al desarrollo humano, y ni aun derecho tendríamos á la propaganda individual, porque para convencer á los otros es preciso primero hallarse uno perfectamente convencido, y poco honrado sería el que inculcase á otro ideas cuya justicia no hubiese reconocido.

Con todas esas dudas, con todo ese escepticismo nada hay justo ni verdadero; esa es la doctrina del no ser. Semejantes al budista que trata de llegar á la perfección por el propio anonadamiento, sólo nos restaría dormirnos contemplándonos el ombligo, ó papar moscas comentando á Schopenhauer, lo cual será un medio como otro cualquiera de poner trabas á lo porvenir.

*

No tenemos la pretensión de haber descubierto la última palabra del progreso, ni de pensar que no pueda haber ya nada después de nosotros.

Es una ley fisiológica,—aplicada á las sociedades como al hombre,—que después de pasar por un periodo de desarrollo, sobreviene otro de detención. A consecuencia de los límites en que el cráneo se halla contenido, el cerebro no crece, el individuo se cristaliza en sus antiguas ideas, y no siendo ya apto para concebir las nuevas, se hace retrógrado por relación al desarrollo de los individuos más jóvenes que crecen á su lado.

¿Nos tocará sufrir esta ley de decadencia? ¿Estamos llamados á ser el círculo de hierro que sujete á las generaciones futuras y no serviremos de obstáculo á su emancipación? El porvenir lo dirá; pero si realmente las ideas que defendemos tienen el alcance que las suponemos, ese temor no tiene razón de ser; porque si las fórmulas que les damos son justas podrán ensancharse y precisarse y nunca serán un dique opuesto al progreso; si, al contrario, constituyen un obstáculo, resultará equivocado nuestro criterio, y las generaciones futuras nos combatirán como combatimos las generaciones pasadas. Creyendo estar

en lo cierto obramos en consecuencia, esa será nuestra excusa; peor para nosotros si nos obstinásemos en una manera de ver que no tuviese ya razón de existir.

Actualmente, creyendo estar en lo cierto, sólo nos queda una cosa que hacer: Propagar nuestras ideas con todo el esfuerzo posible.

SENSACIÓN Y MOVIMIENTO

CON este título se ha publicado en París un libro, debido al Dr. Féré, por demás interesante; y del que sólo conocemos los párrafos traducidos que nos da *La Publicidad*, bajo el epígrafe «Regeneración y Responsabilidad.»

Abundan en estos retazos pensamientos y observaciones que merecen tenerse en cuenta.

La vida, dice el Dr. Féré, se mantiene por medio de cambios continuos, y Whateley no ha hecho sino aplicar la fisiología á la ciencia social, al decir que el hombre es «un animal que cambia.» Todo sér improductivo que no tiene nada que dar en cambio de lo que recibe, es un obstáculo al desarrollo y conservación del estado social: es *dañoso*.

Los seres *dañosos*, criminales ó decadentes de toda clase, deben ser considerados como inválidos de la civilización. No deben causar odio ni cólera, pero la sociedad debe, si no quiere apresurar su propia decadencia, aperebirse contra ellos y hacer de modo que no puedan ser perjudiciales.

No hay que dejarse llevar por el sentimentalismo, protegiendo en demasía á seres que sólo pueden degenerar y ser causa de sufrimiento para la humanidad entera.

Dos aspectos ofrece este asunto. Las perturbaciones físicas como causa de degeneración general por una parte; y la ciencia social, propiamente dicha, por otra.

El Dr. Féré, aceptando los hechos consumados, el estado patológico del ó de los individuos, determina perfectísimamente el peligro social de una rápida decadencia, excitando, con buena lógica al parecer, á la humanidad á que tome medidas contra funestas invasiones morbíficas. Conformes de toda conformidad, mientras no se acuda á otros medios que los morales, esto es, á ilustrar y convencer á la sociedad de los males que puedan perjudicar el progresivo desarrollo de la especie y enseñarla la manera de combatirlos.

Pero un hecho determina una causa, y el problema pasa de la fisiología á la sociología. Y en este caso, no nos hallamos ya de acuerdo con el Dr. Féré. La prostitución, por ejemplo, es la propagadora de la sífilis. La sífilis es causa de aniquilamiento del género humano. El doctor Féré pediría, á nuestro parecer, acosar á las desgraciadas rameras con mil medios coercitivos, higiénicos y curativos. Y nosotros diríamos: suprimase la prostitución y cúrense las enfermas con todos los recursos de la ciencia y con todo el cariño que la sociedad debe tener por el desgraciado.

El Dr. Féré se lamenta muchísimo de que la sociedad no sea preca-

vida contra las causas de degeneración, como se lamenta de la mucha condescendencia que se tiene con los individuos que llama *dañosos*, doliéndose, así lo interpretamos, de lo poco que se les persigue.

Pero no apura esta afirmación, que no la da todo su alcance: «Todo sér improductivo que no tiene nada que dar en cambio de lo que recibe, es un obstáculo al desarrollo y conservación del estado social: es *dañoso*.» Y á continuación sólo nos habla de *decadentes* ó *criminales*. ¿Por qué el Dr. Féré no cita á todas las clases privilegiadas sin distinción de ningún género? Es porque sólo ve el Dr. Féré males y víctimas. Nosotros vemos víctimas y verdugos. Aboliendo éstos cesan aquéllas; y persiguiéndolas no se aniquilan los verdugos. Hé aquí las diferencias esenciales de uno y otro criterio.

Causas de general sufrimiento y de decadencia son un estado social en que unas clases viven á expensas de otras. La explotación capitalista impide establecer la harmónica vida social, como «sólo vive el cuerpo humano cuando todos sus órganos están bien constituidos y en pleno vigor;» el desequilibrio social es inmenso: plétora en unos, anemia en otros; exceso de goces en una clase, abuso de sacrificios en la otra; lucha eterna por la vida por éstos, hastío, vicios, afeminamiento, indolencia por aquéllos; comprar cuerpos y honras para tirarlas después, y vender vidas y dignidad por miseria. ¡Cómo no han de existir causas de degeneración en la sociedad presente así constituida!

«Cuando en una parte del cuerpo se verifica una degeneración profunda, casi siempre es preciso acudir á la *eliminación de la parte enferma*,» dice el autor del libro; ¿y se han de *eliminar* á las víctimas para que el cuerpo social esté robusto, ó se han de destruir las causas?

En ninguna parte de lo que hemos leído, vemos alusión á las verdaderas causas del malestar social; y por esto, con ser admirablemente tratado el asunto como efecto, no lo es tanto como causa.

Y así sucede que especialistas muy científicos y observadores, y aun buenos pensadores, nos muestran ciertas teorías con una base científica indestructible, al parecer, que acaban por sér absurdos al invadir el campo sociológico; como nosotros caeríamos en el ridículo si tratásemos cualquier otro ramo de la ciencia que no hubiésemos estudiado.

Efectivamente, del mismo modo que debemos, por propia conservación, combatir las causas de degeneración, debemos prevenirnos contra esa ciencia y filosofía que invaden todos los terrenos, para amortiguar las aspiraciones revolucionarias bajo el barniz científico con que se envuelven ciertas teorías.

Véase, sino, como el Dr. Féré aplica las consecuencias de sus científicas opiniones en la cuestión de responsabilidad:

Si la sociedad se cree obligada á dejar que los seres perjudiciales se muevan y obren según sus instintos perversos, debería, á lo menos, responder de los daños que pueden causar: no es admisible que un degenerado no tenga que sufrir las consecuencias del daño que causa, y que su víctima haya de incurrir en la responsabilidad material del crimen ó del delito.

Proteger indefinidamente á los perjudiciales contra los productivos ¿no es caminar á la bancarrota social? «No conviene quitar el pan á los niños para echárselo á los perros,» dijo Jesús.

Hubo un día en que se advirtió que los crímenes cometidos bajo el influjo de la embriaguez se multiplicaban en proporciones aterradoras, y que se corría con ello gran peligro; una ley castigó la embriaguez pública; la embriaguez no debe servir de excusa al criminal. La responsabilidad, sin embargo, sigue siendo nula para los criminales que padecen de demencia, de furor ó de imbecilidad. Permítaseme que haga notar una contradicción.

La embriaguez va unida á alteraciones mentales que pueden considerarse como una locura tóxica transitoria, más ó menos voluntaria; al que se coge públicamente en flagrante delito de esa locura tóxica aguda, se le castiga; pero la locura tóxica más durable que resulta del alcoholismo crónico; pero la locura tóxica sobreaguda (*delirium tremens*) que resulta de excesos alcohólicos en el curso del alcoholismo crónico hacen que el criminal sea irresponsable.

Esa evidente contradicción indica, por lo menos, que el legislador ha sospechado que no conviene proteger indefinidamente el crimen bajo pretexto de degeneración, sea ó no de origen tóxico, y que podría ser justo de una manera general el defender á la sociedad contra los actos perjudiciales, haciendo abstracción del estado mental de sus autores.

El principio de la igualdad de penas para los culpables de los mismos crímenes, asentado por Beccaria, fué acogido con unánime asentimiento, y mal se podría poner hoy en duda «que deban ser iguales las penas para las personas de elevada categoría que para el último de los ciudadanos.» Esto no obstante, se tiende á crear una inmunidad de favor para una categoría de individuos que no se distinguen más que por su degradación física é intelectual, para una aristocracia neuropática, á la cual le está permitido robar y matar impunemente hasta en el templo de la justicia. Esto es pisotear, no solamente el principio de igualdad de los culpables, sino otro principio, no menos respetable, el de la igualdad de las víctimas.

La función esencial de todo gobierno es proteger, se dice. ¿Se cree que se ha satisfecho cuando se protege á la parte más degenerada de la población contra la más vivaz y fecunda? Puede discutirse la legitimidad del derecho de castigar; el derecho de ser protegido cuando se han llenado todas las obligaciones sociales, es indiscutible.

Pero además de reducir la acción de los perjudiciales con la inflexibilidad de la ley, puede retardarse el progreso de la degeneración, oponiéndose á que aquéllos se reproduzcan. ¿Cómo se llega á este resultado? No hay ninguna ley en la que sea posible apoyarse para impedir la unión entre los degenerados, y ni aun puede imaginarse una ley parecida, porque ¿quién sería capaz de decidir en qué grado de degeneración habría que detenerse? El único medio que puede intentarse consiste en instruir al público, enseñarle como noción de necesidad urgente, las leyes fatales de la herencia y de la degeneración, á fin de que esté prevenido. No hay que dejar que se acredite el error de que una infusión de sangre nueva puede hacer que una familia suba la escala de la degeneración: en esos cruzamientos, las razas caídas no ganan lo que las buenas pierden. Es preciso que el débil perezca, tal es la ley fatal. Temiéndola y no tratando de evadirla, es como puede mantenerse la especie en condiciones favorables á la adaptación.

¿Quién no ve en los transcritos párrafos lógica y ciencia y sana filoso-

fía y una admirable crítica de las leyes y de los legisladores? Y, sin embargo, sólo en las leyes se fija el autor, y un espíritu de aterradora crueldad es la nota dominante. Cuando la filosofía indica la ineficacia del castigo, y la frenopatía reclama la curación como el medio más positivo y racional de asegurar la salud de la sociedad, el Dr. Féré nos habla de «la inflexibilidad de la ley,» «de la igualdad de penas,» de «resarcimiento de daños,» y de que «es preciso que el débil perezca, como ley fatal.»

¿A qué doctores hemos de creer? ¿á los que sostienen la irresponsabilidad como consecuencia de alteración orgánica; ó á los que pregonan la inflexible responsabilidad? Y cuando ya la ciencia nos demuestra que es mejor y saludable remedio social un manicomio que un cadalso; cuando la filosofía y la civilización se inclinan á la clemencia, el Dr. Féré expone «que podría ser justo de una manera general el *defender á la sociedad* contra los actos perjudiciales, haciendo abstracción del estado mental de sus autores.»

Y á todo esto, que se reduce á lucubraciones del modo con que la sociedad podría ó debería defenderse de los *dañosos*, ¿qué idea investigadora campea sobre las causas que estos efectos producen? Nosotros no hemos hallado ninguna. Y antes hemos indicado ya la causas. Mientras subsista un tan anómalo estado social como el presente, lo raro, lo fenomenal, es que haya virtud, dignidad, laboriosidad, sentimiento de solidaridad, etc., todas las circunstancias necesarias para que la sociedad sea harmónica, estable y positivamente fraternal y justiciera.

Hay muchas habilidades para corromper el buen sentido, aun reconociéndolo de buena fe, y muchas reputaciones científicas contribuyen no poco al embrollamiento social para que la verdad tenga más dificultades para abrirse paso.

Contra sabios é ignorantes, pues, tenemos que precavernos; y la verdadera filosofía y la positiva ciencia prestarán elementos á la ciencia social, para que esta ocupe el lugar que le corresponde.—P.

REVISTA POLÍTICA INTERNACIONAL

La España de hoy. — La Calma ¡triste presagio! — Francia y Rusia frente á frente de Alemania y Austria. — Situación respectiva de ambas naciones. — Dos tableros; uno en Berlín, otro en San Petersburgo. — Preferencia de los rusos por la abertura española. — El nuevo rey de Bulgaria. — Lo que este hecho significa. — Alemania intentando tomar la ofensiva. — Fracaso de esta jugada. — Punto final.

EN tanto nuestra región duerme tranquila su sueño al arrullo de los cánticos religiosos, que entonan desde sus conventos un enjambre de monjas y frailes, cual en el año 30 sucedía; detengámonos breves instantes ante el tablero jaquelado de la política de nuestro Continente.

También en él reina la calma más completa; — ¿será la calma que presagia la tempestad? — pues sólo mirando á Oriente vemos á aquellas naciones concertarse discretamente con las de Occidente, como para llevar á cabo una acción común contra el Centro.

En efecto, los campeones decididos y más esforzados en esta contien-

da internacional que se vislumbra, parecen ser Rusia y Francia por un lado, á cuyas naciones acaso Turquía se uniría si se formalizara la lucha, y de otro Alemania y Austria, á quienes tal vez apoyarían, si bien vergonzantemente, Italia é Inglaterra.

Aunque la lucha entre ambas potencias no ofrece grande interés por el momento, debido sin duda á los ardores caniculares propios de la estación que atravesamos, no deja de llamar la atención que Francia y Rusia, no solamente fueron las primeras en tomar la ofensiva, sino que se sostienen en ella con tesón, conservando todas las posiciones que tomaran al comenzar el ataque.

No es esto decir que sea menos ruda la resistencia que les oponen sus rivales Alemania y Austria; lejos de ello, nos complacemos en advenir que, si está bien dirigido el ataque, no es menos sólida y brillante la defensa, observando, empero, en ésta que busca con cauteloso afán los medios que han de conducirla al ataque, del que la suerte le privara; puesto que en la defensa se siente un si es no es vacilante y débil.

Seguiremos atentamente las peripecias que ofrecerá de seguro esta nueva partida de ajedrez, jugada entre Berlín y San Petersburgo, y veremos si Bismark es digno émulo de Andersen y Steinitz, ó si lo es más el barón de Giers de sus compatriotas Petroff y Jaenisk, todos á la vez famosos maestros en la ciencia de Leibnitz. Por lo pronto, los panslavistas, recelosos de que la partida rusa sea poco eficaz para conducirlos á la victoria, adoptan la partida española, que consiste en atacar el flanco izquierdo del enemigo, á fin de que queden sin defensa los peones avanzados del centro.

Ya el príncipe de Coburgo se halla sentado en el trono de Bulgaria. El canciller trata de tomar la ofensiva, — dijimos en seguida que el telégrafo nos trajo la noticia;—mas, como naciones que tienen bien marcada su línea de conducta, han protestado al instante de este hecho Francia y Rusia, y más ostensiblemente Turquía, haciéndolo resaltar esta última como una violación del tratado de Berlín, no dignándose sus embajadores ir á Tirnova á recibir á Fernando, ni siquiera con ritual diplomático. Mas ahora, que del hecho también Alemania protesta, — aunque algo tarde, — debemos preguntarnos ¿á quién se debe, pues, la elevación de aquel príncipe al trono de la provincia Balcánica?

A nosotros no nos cabe la menor duda de que se debe al gabinete de Saint-James, aunque de conformidad con el canciller alemán, digan lo que quieran en contrario de esta opinión *La Gaceta de la Alemania del Norte* y otros periódicos oficiosos, á fin de ver si aquél toma la ofensiva en Oriente. Mas al oír el *tole tole* que este movimiento de avance ha producido en las potencias rivales, signatarias, como ella, del tratado de Berlín, ó sintiendo haber ido demasiado lejos sin estar preparada, y también—que todo podría ser—recelosa de que el nuevo rey de Bulgaria se vicie en aquella atmósfera puramente rusa, pretende dejar sola á Inglaterra en el fracaso de semejante combinación, tan atinada por otra parte, como poco oportuna, bien que importándole á ésta un comino;

pues todos hemos visto que, si el gabinete inglés ha sido el secretario de la elección, Bismark ha sido el presidente firmante de la misma. Jugada prematura llevada á cabo para cubrir el centro, que, si no ha resultado enteramente falsa, ha sido calificada con justicia de débil. La defensa, además de ser siempre laboriosa, se halla sujeta á estos achaques de impaciencia. Por igual razón fracasan también sus combinaciones diplomáticas en Dinamarca. El tudesco Bonaparte ¿estará, sin saberlo, librando la batalla de Waterloo?

Sigamos atentamente los sucesos; mas no los anticipemos.

*

El telégrafo ha vuelto á funcionar.

Los vientos revueltos y huracanados que estos días han azotado nuestros rostros, han hecho descender agradablemente la temperatura, mas en cambio han añadido algunos grados á la señalada en el termómetro de las contiendas internacionales. Las naciones, que desde ahora casi podemos llamar beligerantes, empiezan á acallar sus discordias políticas interiores, recordando los héroes que las inmortalizaron en otras edades y las conquistas ó rapiñas económicas que llevaron á cabo; sin desperdiciar ocasión alguna de excitar el odio de patria en sus pueblos, empleando para ello el lenguaje más hiperbólico. Sólo Alemania, temerosa de perder lo conquistado de veinte años acá, al ver que la hoguera, que ella sola ha estado alimentando, adquiere ahora las proporciones de un voraz incendio, disfraza sus intenciones, se humilla y suplica, aunque sin ceder, y esto acaso contenga los ardores bélicos de sus rivales.

Entre tanto, ¿qué hace el socialismo? No olvide que sus peones son el alma de todo este juego, y que pueden perfectamente librar la batalla por su propia cuenta. ¿Lo harán? Las imponentes manifestaciones que llevan á cabo en plena paz, nos dan una idea de sus inmensas fuerzas; mucho podemos prometernos de ellas. Como quiera que sea, pasó el tiempo de vanas y ridículas protestas contra esas hecatombes, en las que el proletariado hacía más bien gala de sus sentimientos que de sus ardientes aspiraciones revolucionarias. Aquéllas vienen y se imponen, no obstante. El secreto está en que no se lleven á cabo sólo para rectificar fronteras, ó á fin de engrandecer ó empequeñecer naciones. Subordinarlas importa al triunfo definitivo del Socialismo.—H.

CIFRAS ELOCUENTES

EN Madrid se ha publicado el estado de la recaudación obtenida por derechos de consumos en el último año económico de 1886-87, que ha dado un total de 19.078,463 pesetas.

Repartidas éstas entre los 500.000 habitantes con que cuenta la Côte, resulta que cada uno de ellos ha contribuído con 38'16 pesetas; y como una familia se considera compuesta de cinco individuos, tendremos que cada una de ellas habrá contribuído al pago de aquellos derechos con 190'80 pesetas.

Es decir que sin esa odiosa contribución de consumos cada familia

habría podido consumir lo mismo con una economía de diez y ocho duros, que si para los ricos no es nada, para los pobres es enorme.

*

Durante el año económico de 1886 á 87 se han sacrificado en los mataderos públicos de Madrid 347,040 reses, á saber: 73,991 vacas, 25,316 terneras, 210,136 carneros ú ovejas y 37,597 cerdos, arrojando un total de 20.970.730 kilóg ramos.

El importe de los derechos de degüello y consumo de estas reses ha ascendido á 6.423, 518 pesetas, ó sea á 12'64 pesetas por habitante. Los derechos de degüello son 2 céntimos por kilo de vaca, carnero y ternera, y 2 1/4 céntimos por kilo de cerdo; los derechos de consumo son: vaca y carnero, 25 céntimos por kilo; cerdo, 30, y ternera, 40.

El coste total de las reses sacrificadas ha sido de 23.364,317 pesetas y el valor de la venta al detall 43.469,261 pesetas. De modo que se han quedado en manos de los intermediarios de la venta al menudeo la friolera de 20.104,944 pesetas, ó sea el 45'66 por 100 del precio de la carne en venta.

El consumo medio anual de toda clase de carnes por habitante ha sido de 41'291 kilos y su importe medio 85'80 pesetas por habitante. El consumo diario de toda clase de carnes ha sido sólo de 113 gramos, próximamente unas 3 onzas, por habitante. Este promedio es sumamente bajo, y si se tiene en cuenta que en Madrid son bastantes los que consumen cuatro veces este promedio, se verá que han de ser muchos más los que no la prueben.

*

Tristes son las consecuencias que de estas cifras se desprenden. Por de pronto vemos que el sobreprecio de las carnes que paga en Madrid cada habitante es de unas 40 pesetas, ó sean 200 por familia.

Si añadimos esas 200 pesetas á las 191 que paga cada familia en término medio por derechos de consumo, tendremos un total de 391 pesetas de gastos improductivos sólo por cuestión del consumo diario.

Y como en Madrid son numerosísimas las familias proletarias que cuentan con un salario anual inferior á 800 pesetas, tendremos que esas familias trabajan cuando menos la mitad del año para hacer el caldo gordo á los otros mientras ellas perecen de inanición.

¡Cuán cierto es que no hay orador que posea la elocuencia de las cifras!—G.

INDIVIDUO Y COLECTIVIDAD

UNA extraña preocupación ha dominado al género humano desde los comienzos de su constitución en sociedad hasta el presente. Todos los pueblos han soñado con una gloria nacional, ninguno ha creído en la posibilidad de alcanzar la dicha del individuo.

Las religiones han perpetuado ese error fundando precisamente en él la base de su existencia: todas han prometido al individuo una satisfacción ultramundana de las fatigas y privaciones que en la vida les ha im-

puesto la colectividad; todas han glosado en mayor ó menor escala aquella frase mística: el mundo es un valle de lágrimas.

Hoy que los pueblos tienden á perder sus caracteres peculiares para seguir la corriente uniformadora de la civilización, las diferentes escuelas fundadas por el pensamiento incurren en el mismo error, y se tiende á dar á la sociedad un brillo y una grandiosidad colectiva en que el individuo vivirá sumergido en el gran todo sin garantías que pongan á salvo su perfecta y absoluta autonomía.

Pretende el absolutista volver á aquellos gloriosos tiempos de Carlos V y Felipe II en que por el predominio de nuestras armas no se ponía el sol en los dominios españoles; esfuérzanse los partidos liberales por dar á las naciones dominadas por la burguesía capitalista el esplendor que alcanzaron durante el apogeo monárquico; sueñan las democracias con la fundación de repúblicas poderosas en que por la belleza de sus monumentos, la grandiosidad de sus obras públicas y la exuberancia de su producción brille refulgente la majestad del pueblo; hasta las escuelas socialistas rinden tributo á la preocupación de la gloria colectiva teniendo en poco al individuo con tal de presentar su sociedad ideal engalanada con los resplandores de la grandeza, desconociendo todos que el brillo colectivo que oculta la miseria moral y material del individuo es un despreciable oropel.

Imagine el lector una pila de monedas cuyo total sea 100, por ejemplo; si la mayor parte son falsas el valor de aquellas 100 unidades es ficticio y por nadie será aceptado. Del mismo modo si una nación ostenta exuberante producción, rico comercio, ejército poderoso, solemnes y aparatosas instituciones políticas para encubrir un proletariado sometido á la explotación, y de sus veinte ó veinticinco millones de habitantes resulta una parte mínima que vive en un buen medio mientras la inmensa mayoría hállese reducida á un nivel inferior, el brillo de aquella nación será falso para el pensador que juzga á las naciones por el fondo de justicia que pueda contener su constitución.

En toda clasificación científica el individuo ha de tener los caracteres esenciales de la especie, y, por tanto, el hombre es el tipo de la humanidad.

La consecuencia lógica de este principio es que toda agrupación humana ha de hallarse constituida de manera que entre la unidad y el conjunto exista perfecta y justa relación; de modo que las condiciones esenciales de vida y desarrollo físico y moral del individuo no se hallen menoscabados en manera alguna por la colectividad, antes por el contrario ésta sea como el resumen completo de aquéllas.

Es imposible separar en lo humano la idea *individuo* de la *colectividad*. El individuo necesita de la colectividad para alcanzar la plenitud de su sér, y la colectividad necesita de los individuos, no sólo para formar número, sino para reunir el conjunto de iniciativas, actividades é inteligencias que en bien de las unidades y del grupo puedan hacerse.

Si por abstracción separásemos estas dos ideas inseparables, y quisié-

ramos desligar al individuo de todo lazo social, como al par que le quitásemos deberes sociales le quitaríamos los correspondientes derechos, le llevaríamos al estado salvaje, en el cual no haría absolutamente nada por sus semejante, hallaríase desligado de toda sujeción y dependencia, pero sólo tendría para el cultivo de su inteligencia sus propias y exclusivas observaciones, y para atender á sus múltiples necesidades corporales, el limitadísimo producto de su propio y único trabajo, con lo cual viviría ignorante y miserable por todo extremo.

Si por el contrario quisiéramos construir una sociedad brillante y poderosa que por sí misma atendiese á las minuciosidades de su vida interior y á los grandes prestigios del exterior, y cuya organización fuese tan perfecta que su mecanismo llevase su acción á todas partes, distribuyendo la savia de la vida por todas las jerarquías sociales, llegaríamos á formar una sociedad como alguna de las que en la antigüedad existieron, ó daríamos vida á alguna de las utopías comunistas, pero con toda su grandeza esa creación, por no responder al principio fundamental de toda sociedad, por reducir al individuo á la condición de simple átomo que vive por y para la vida de un todo, sería un monstruo tan falto de realidad como los creados por la fantasía de los artistas en las grandes concepciones de ornamentación.

Tiene el hombre grandes aptitudes: puede analizar cuanto le rodea llegando á sorprender la vida hasta en las más remotas y ocultas cavidades en que radica; puede conocer la ciencia, la sustancia y la constitución de todas las manifestaciones de la vida; tiene conocimiento exacto de la mecánica universal; puede elevar su inteligencia á la concepción de la verdad en lo físico y en lo moral, del mismo modo que por la imaginación concibe la belleza forjando las más brillantes producciones artísticas; pero todo ese poder hállese supeditado á una condición esencialísima: la asociación. Por ella el individuo se circunscribe á producir en la esfera de su propia especialidad; por ella se aprovecha de las observaciones y de los conocimientos de sus semejantes contemporáneos y precedentes á través de los siglos y de las distancias; por ella cambia los productos de su actividad con los de todos los miembros sociales y provee á las múltiples necesidades de su existencia. También la piedra sumergida en el abismo de la cantera donde se formara tiene un modo de ser informe y abrupto, pero pulida por la mano del trabajador y colocada en combinación con otras por la dirección inteligente del artista, forma el admirable monumento que desafía las injurias del tiempo y causa la admiración de las generaciones.

Nada es el hombre sin la sociedad, por cuanto la mayor y mejor parte de su vida necesita de la sociabilidad para manifestarse.

Mala es la sociedad si en todas y en cada una de sus unidades componentes no se conserva el tipo natural completado por todas las adquisiciones del progreso.

Para valernos de un símil, diremos: así como para el creyente en la hostia que el sacerdote ofrece en la ceremonia de la misa hállese su dios,

y en cada uno de los fragmentos en que hasta el infinito puede dividirse existe completa y perfecta la divina personalidad, en la sociedad ácrata que el progreso nos promete con promesa cierta é ineludible vivirá el hombre y la mujer con perfecta y holgada individualidad, libres por su propia conciencia, ilustrados por la sabiduría de los siglos adaptada á su propio criterio, felices por la combinación harmónica de las condiciones individuales y de las instituciones sociales, y cada uno de por sí llevará en su propio sér el trabajo y el estudio aglomerado por los siglos, el fruto de las perfectas combinaciones sociales y la belleza física que da la salud cuando por el conocimiento de la higiene se cumplen las leyes naturales.

Si hoy cada uno de los humanos no valemos un hombre, porque nuestra parte física hállese atrofiada por falta del natural desarrollo, y nuestra parte moral se limita por el fanatismo, la superstición y las preocupaciones; si hasta hoy las sociedades humanas formadas por tan deficientes componentes han representado colectividades falsas, por cuanto en vez de las voluntades, los pensamientos y la fuerza de todos sus miembros sólo ha dominado una minoría de voluntades y de pensamientos, por la acracia llegarán á alcanzar su justo y racional valor el *individuo* y la *colectividad*.—L.

CÓMO VIVIMOS Y CÓMO PODRÍAMOS VIVIR

LA palabra *revolución*, que hemos de emplear con tanta frecuencia, suena terriblemente á los oídos de muchas personas, aun cuando hayamos manifestado que no implica forzosamente un cambio acompañado de tumulto y toda clase de violencia, ni menos hecho mecánicamente y contra la opinión general por un grupo de individuos que de una ú otra manera hayan logrado posesionarse del poder ejecutivo por el momento. Aun cuando hagamos ver que tomamos la palabra *revolución* en su sentido etimológico y entendemos por la misma un cambio de los cimientos de la Sociedad, la gente se espanta á la idea de tan vasta transformación y quieren que hablemos de *reformas* y no de *revolución*. Pero como los socialistas no entendemos de ninguna manera por esta palabra, *revolución*, lo que esa buena gente quieren decir con su palabra *reforma*, no puedo menos de pensar que sería un error usarla, por más que podríamos ocultar nuestros proyectos bajo su careta inocente. Así, pues, no abandonemos la palabra que significa un cambio de la base de la Sociedad; puede asustar á la gente, pero al menos les advertirá que hay algo de qué asustarse, que no será menos peligroso cuando no se hace caso de ello, y también puede alentar á otros significando para ellos, no un temor, sino al contrario, una esperanza. *Temor y esperanza*, hé aquí los nombres de las dos grandes pasiones que gobiernan la raza humana, y con las que los revolucionarios tienen que habérselas. Dar esperanza á los muchos oprimidos y temor á los pocos opresores; hé aquí nuestra tarea; si hacemos lo primero y damos esperanzas á los más, los pocos quedarán asustados por la esperanza de aquéllos; no queremos darles otra clase de susto, no pedimos venganza para los pobres, sino felicidad; y en efecto ¿qué clase de venganza puede tomarse por todos los miles de años de sufrimientos de los pobres?

Con todo, muchos de los opresores de los pobres, los más podemos decir, no

se dan cuenta de que son opresores; llevan una vida ordenada y tranquila muy distante de los sentimientos de un romano dueño de esclavos ó de un matanegros americano; saben que los pobres existen, pero sus sufrimientos no se les presentan de una manera chocante y dramática, ellos mismos tienen sus apuros, y piensan sin duda que tener apuros es la suerte de la humanidad, y además les faltan los medios de comparar sus propios apuros con los de la gente que ocupan la escala más baja de la sociedad, y si alguna vez se les impone la idea de esos apuros más apremiantes, se consuelan con la máxima de que las gentes se acóstumbran á los apuros que han de llevar, sean de la clase que quieran.

En efecto, al menos por lo que á los individuos atañe, esta es una verdad harto manifiesta, en virtud de la cual tenemos como sostenedores del estado actual de las cosas, por pésimo que sea, primero, aquellos acomodados opresores inconscientes que piensan que lo han de temer todo de cualquier cambio que pueda implicar más que reformas suavísimas y gradualísimas, y en segundo lugar, las pobres gentes que, viviendo con penas y angustias, pueden apenas concebir que para ellos sea posible un cambio en sentido de mejora y no se atreven á arriesgar lo más mínimo de su mísero haber para dar un paso hacia una cosa tan problemática; de modo que mientras podemos hacer poco con los ricos, fuera de inspirarles miedo, es difícil dar esperanza á los pobres. Nada más razonable que aquellos á quienes tratamos de involucrar en la gran lucha por una forma mejor de vida que la que llevamos ahora, exijan de nosotros que les demos al menos una idea de lo que aquella vida mejor puede ser; pero es difícil satisfacer esta petición, puesto que vivimos bajo un sistema que hace casi imposible siquiera un esfuerzo consciente para la reconstrucción; razón nos sobraría para contestar que hay ciertos obstáculos determinados para todo progreso real de la humanidad; podemos indicároslos, allanadlos y veréis.

A pesar de esto voy á ofrecirme como víctima para la satisfacción de aquellos que consideran que tal como las cosas andan ahora, al menos tenemos algo, y les asusta la idea de perderlo porque temen que luego se encontrarán peor no teniendo nada. Vamos á ver, pues, con alguna atención, cómo vivimos bajo nuestro sistema actual.

En primer lugar hay que darse cuenta de que nuestro sistema actual de la Sociedad está basado en un estado perpetuo de guerra. ¿Es posible que haya quien crea que esto debe ser así? Bien sé que muchas veces se ha dicho que la competencia, que ahora domina toda la producción, es una cosa buena porque estimula el progreso de la humanidad, pero la gente que dice esto debería llamar la competencia con su verdadero nombre de *guerra* si quisiese ser sincera, y entonces quedaríamos libres para considerar si la guerra estimula el progreso ó no. La guerra, ó competencia, como quiera llamársele, significa que uno persigue su propia ventaja en desventaja de otro, y en el curso de la misma no debe repararse en la destrucción de las propias posesiones si no quieren salir vencidos en la lucha. Esto lo entiende todo el mundo perfectamente con respecto á la clase de guerra en que las gentes salen para matar y dejarse matar, esa clase de guerra en que hay almirantes que reciben el cometido de «hundir, quemar y destruir la armada enemiga;» pero parece que la cosa no es tan clara con respecto al despilfarro de bienes cuando se trata de aquella otra guerra llamada comercio, y, sin embargo, el destrozo es el mismo.

Miremos un poco más de cerca esta forma de guerra para ver cómo se cumple la orden de «quemar, echar á pique y destruir.» En primer lugar tenéis la

forma llamada rivalidad nacional, que hoy día es la causa de todas las guerras con pólvora y bayonetas que hacen las naciones civilizadas. Años atrás, nosotros los ingleses las hemos huído, excepto en aquellas felices ocasiones en que las podíamos llevar á cabo sin ninguna clase de peligro para nosotros, cuando toda la matanza, según toda probabilidad, podía ser del lado enemigo. Hemos repugnado la guerra de pólvora con un enemigo respetable porque hemos tenido la parte del león en el mercado del mundo; no queríamos luchar por ella como nación, porque la teníamos ya; pero ahora esto va cambiando de una manera muy notoria, y para un socialista muy satisfactoria; estamos perdiendo ó hemos perdido aquella parte del león; ahora tenemos una «competencia» desesperada entre las grandes naciones civilizadas por el mercado del mundo, y mañana puede ser una guerra desesperada por este fin. Como resultado, el fomento de la guerra (si no es en demasiado grande escala no pertenece ya exclusivamente á los antiguos conservadores de honra y gloria, quienes, si realmente querían decir algo con esto, querían decir que una guerra conservadora sería una buena ocasión para tener sumisa la democracia; todo esto ha cambiado, y ahora hay una clase muy diferente de políticos que suelen estimular nuestro «patriotismo,» como lo llaman, jefes de los progresistas radicales, individuos de cabeza larga que saben muy bien que se verifican movimientos sociales, á quienes no se les oculta que el mundo se moverá con su ayuda ó sin la misma, estos son los patrioterros de hoy. No quiero decir que sepan lo que hacen; los políticos, como es bien sabido, cierran cuidadosamente sus ojos á todo cuanto puede suceder seis meses adelante; pero lo que sucede es que el sistema actual, que implica siempre la rivalidad nacional, nos empuja á una arrebatina desesperada por los mercados, en condiciones más ó menos iguales con otras naciones, porque hemos perdido el predominio que teníamos. Desesperado no es una palabra demasiado fuerte. Este afán de arrebatir mercados nos llevará á donde quiera, á donde debe; hoy es bandolerismo feliz é infame; mañana puede ser derrota y deshonor.

Esto no es una digresión, aunque al decirlo estoy más cerca de lo que generalmente se llama política, de lo que volveré á estar. Quiero solamente hacer ver á dónde va á parar la guerra comercial cuando tiene que habérselas con naciones extranjeras y que hasta el más torpe puede ver cómo ha de ir acompañado de despilfarro, esto es cómo vivimos ahora con las naciones extranjeras, dispuestos á arruinarlas sin guerra, si es posible; con ella, si es preciso, continuando entre tanto la ignominiosa explotación de tribus salvajes y pueblos bárbaros á quienes imponemos á la fuerza nuestras mercancías de desperdicios y nuestra hipocresía.

En lugar de todo esto el socialismo ofrece la paz y la amistad. Podríamos vivir sin ninguna rivalidad nacional, reconociendo que aunque es lo mejor que se gobiernen por sí solos los que sienten que por la naturaleza constituyen una comunidad bajo el mismo nombre, sin embargo, ninguna comunidad civilizada debe figurarse que tenga intereses opuestos á los de cualquier otra, siendo iguales las condiciones económicas de cada una, de modo que cualquier ciudadano de una comunidad pudiera trabajar y vivir sin estorbo, cuando se encontrara en un país extranjero y cabría en su puesto de la manera más natural; de modo que todas las naciones civilizadas formarían una comunidad grande, acorde, con respecto á la calidad y cantidad de la producción y su distribución, y produciendo tal ó cual producto donde podría hacerse con más ventaja, y evitando el despilfarro de todos modos. Imaginaos la cantidad

de gasto inútil que se evitaría el aumento enorme que semejante revolución aportaría á la riqueza del mundo. ¿Dónde está la criatura terrestre que resultaría perjudicada por semejante revolución? ¿no estaría al contrario todo el mundo mejor? ¿y qué lo impide? ya lo diré luego.

Pasemos de la competencia entre las naciones á la que existe entre «los organizadores del trabajo,» las grandes razones sociales, las sociedades por acciones y demás capitalistas, y veamos cómo la competencia estimula la producción entre ellos. Ciertamente lo hace ¿pero qué producción es esa? es la producción de algo para vender con ganancia, ó sea la producción de ganancias, y véase cómo la guerra comercial estimula esta producción: cierto mercado demanda géneros; hay, digamos, un centenar de fabricantes que hacen esta clase de géneros, y cada uno de ellos quisiera, si pudiese, guardar este mercado para sí solo y se afana desesperadamente para conseguir tanto como pueda; siendo el resultado natural que ahora la cosa está extremada y el mercado atestado de mercancías y toda esta furia de fabricación ha de cesar forzosamente. ¿No les parece que esto es como la guerra? ¿no veis el despilfarro de esto, despilfarro de trabajo, de habilidad, de astucia, de vida en fin? bien es verdad, diréis acaso, pero abarata los géneros. Hasta cierto punto sí, y aún sólo aparentemente, puesto que los salarios para el trabajador ordinario tienen tendencia á bajar en la misma proporción que los precios y ¿á qué precio obtenemos esta apariencia de baratura? para decirlo claramente, al precio de estafar al consumidor y matar de hambre al verdadero productor en beneficio del jugador, para el cual son vacas de leche tanto el consumidor como el productor. No necesito entrar de lleno en el asunto de la adulteración, porque todo el mundo sabe el papel que ésta desempeña en esa clase de comercio, pero téngase presente que es un incidente absolutamente necesario en la producción de ganancias por medio de mercancías, que es el negocio del llamado fabricante, y por otra parte el consumidor por punto general es completamente indefenso contra el jugador; las mercancías se le imponen por su baratura y con ellas cierta clase de vida determinada por esa baratura agresiva y enérgica, pues de tanto alcance es esta plaga de la guerra comercial, que ningún país está á salvo de sus devastaciones; las tradiciones de 1,000 años caen en un mes; invade un país débil ó semi-bárbaro, y todo cuanto había de romántico, placer ó arte, se hunde en un charco de sordidez y fealdad; el menestral indio ó javanés ya no ejerce su oficio cómodamente trabajando unas cuantas horas al día para producir un laberinto de singular belleza en una pieza de paño; una máquina de vapor se pone en marcha en Manchester, y esa victoria sobre la naturaleza y mil dificultades rebeldes, es empleada para el trabajo útil de producir una especie de emplasto de arcilla y desperdicios vegetales, y el obrero asiático, si no muere materialmente de hambre, como sucede en gran escala, tiene que entrar en una fábrica para rebajar el salario de su hermano, obrero de Manchester, y no le queda nada de su carácter, sino probablemente un acúmulo de miedo y odio á ese mal para él inexplicable, su amo inglés. El isleño del Pacífico ha de abandonar su ocupación de excavar canoas, su dulce reposo y sus graciosos bailes para hacerse esclavo de un esclavo; los pantalones, los tejidos de desperdicios, el ron, los misioneros y enfermedades fatales, toda esta civilización la ha de tragar en globo, y ni él mismo ni nosotros podemos remediarlo hasta que el orden social reemplace la horrorosa tiranía del juego de bolsa que le ha arruinado.

Dejando estos como tipos de consumidores, vamos á ver cómo afecta al verdadero productor, el obrero, esta arrebatina por la explotación del mercado. El

fabricante, en la premura de su guerra, ha reunido en vecindario un enorme ejército de trabajadores, los ha ejercitado hasta quedar apropiados para su especialidad de producción, es decir, para sacar ganancia de la misma, y con el resultado de que no sirven para nada más; pues bien, cuando queda repleto el mercado que provee ¿qué sucede á ese ejército del que cada individuo depende de la demanda continua en aquel mercado, y obra como no puede dejar de obrar como si hubiese de continuar eternamente? bien sabéis lo que les pasa. La puerta de la fábrica se cierra para un gran número, y en el caso más favorable para el ejército de reserva tan activamente ocupado en la época de empuje ¿qué se hace de ellos? harto lo sabemos; pero lo que no sabemos ó no queremos saber, es que este ejército de reserva es una necesidad absoluta para la guerra comercial; si nuestros fabricantes no tuviesen estos pobres diablos para arrastrarlos á sus máquinas, cuando la demanda va creciendo, otros fabricantes de Francia, Alemania ó América vendrían á quitarles el mercado. Veis, pues, que, como vivimos ahora, es necesario que una parte muy grande de la población industrial se halle expuesta al peligro de morirse casi de hambre periódicamente y no en beneficio del pueblo de otra parte del mundo, sino al contrario, para su envilecimiento y esclavización. Dejad, pues, la fantasía correr un momento para haceros cargo del despilfarro que significa eso de abrir mercados nuevos en países salvajes y bárbaros, que es el tipo extremado de la fuerza del mercado de ganancias del mundo, y comprenderéis la horrorosa pesadilla que es este mercado, que nos tiene sudando y espantados por nuestra vida, incapaces de leer un libro, ó mirar un cuadro, ó dar un paseo por agradables campos, ó tendernos al sol, ó de participar de los conocimientos de nuestra época; en fin, de tener placeres animales ó intelectuales, y ¿para qué? para que continuemos viviendo la misma vida esclavizada hasta que muramos, para proporcionar á un rico lo que se llama una vida de comodidades y de lujo, es decir, una vida tan vacía, insalubre y degradada, que tal vez al fin y al cabo está peor que nosotros los trabajadores, y en cuanto al resultado de este sufrimiento, el más favorable es cuando no es nada absolutamente, cuando podéis decir que las mercancías no han hecho bien á nadie, pues las más de las veces sucede que han hecho mal á mucha gente y que hemos trabajado y gemido y muerto haciendo veneno y destrucción para nuestros prójimos.

Pues bien, digo que todo esto es guerra y resultado de la guerra, no de naciones competidoras, sino de capitalistas y sociedades de capitalistas, y es esta guerra de las casas capitalistas la que impide la paz entre las naciones que hemos encontrado tan necesaria, pues debe reconocerse que la guerra es el elemento de vida de estas casas combatientes que en nuestra época han reunido en sus manos casi todo el poder político, y que en cada país se juntan para hacer á sus respectivos gobiernos desempeñar precisamente dos funciones: la primera la de policía fuerte en el propio país para guardar el circo en que los fuertes baten á los débiles, y la segunda el de obrar como guardia de piratas para con el extranjero, una bomba para abrir las puertas que conducen á los mercados del mundo, mercados á cualquier precio en el extranjero, privilegios inatacables en el país y proporcionar éstos es la única incumbencia de los gobiernos, como los conciben nuestros capitanes industriales. Vamos ahora á examinar la razón de todo esto y trataremos de contestar á la pregunta ¿por qué han adquirido todo este poder los ganancieros, ó al menos por qué son capaces de guardarlo?

Esto nos conduce á tratar de la tercera forma de la guerra comercial, la úl-

tima en que descansa todo el resto. Hemos hablado primero de la guerra de las naciones rivales, luego de la de las casas rivales, ahora hemos de hablar de los individuos rivales. Así como las naciones bajo el sistema actual son empujadas á competir una con otra por los mercados del mundo y como las casas ó jefes industriales tienen que arrebatarse su participación en las ganancias de los mercados, así mismo tienen que luchar unos con otros los trabajadores para ganarse la vida, y esta constante competencia ó guerra entre ellos mismos es lo que hace posible á los explotadores hacer sus ganancias y por medio de ellos toman en sus manos todo el poder ejecutivo de la nación. Pero aquí está la diferencia entre la posición de los trabajadores y la de los ganancieros; para estos últimos la guerra es necesaria, el ganancierismo es imposible sin competencia individual, corporativa y nacional; para ganarse la vida se puede trabajar sin competencia, podéis asociaros en vez de competir. He dicho que la guerra era el elemento vital de los ganancieros, de la misma manera la asociación es la vida para los trabajadores. Las clases trabajadoras que constituyen el proletariado no pueden existir como clase sin asociación de una ú otra especie. La necesidad que obligó á los ganancieros á juntar á los trabajadores primero en talleres según la división del trabajo y luego en grandes fábricas puestas en marcha por maquinaria, acumulándolos gradualmente en las grandes ciudades y centros de civilización ha dado origen al proletariado como clase distinta, dándole su existencia mecánica por decirlo así. De esta manera están realmente unidos en grupos sociales para producción de mercancías, pero por ahora sólo mecánicamente; no saben en qué trabajan ni para quién trabajan, porque están juntadas para producir mercancías de las que la ganancia de un amo forma la parte esencial en vez de producir mercancías para su propio uso; mientras hacen esto compitiendo uno con otro, con el permiso de hacerlo serán y se sentirán simplemente como parte de esas casas competidoras, no serán más que una parte de maquinaria para la producción de ganancias, y mientras esto dure, será el objeto de los amos ó ganancieros reducir el precio del mercado de esta parte humana de su maquinaria, es decir, teniendo ya en sus manos el trabajo de los muertos en forma de capital y maquinaria, su interés ó digamos la necesidad les obliga á pagar tan poco como puedan por el trabajo de los vivos que tienen que comprar al día, y como los obreros que emplean no tienen nada más que su fuerza trabajadora, están forzados á ofrecerse el uno por menos que el otro para obtener empleo y salario, haciendo así posible el juego del capitalista.

He dicho que como están las cosas los trabajadores son una parte de las casas competidoras, un complemento del capital. Sin embargo, lo son solamente por compulsión, y aun sin darse cuenta de ello luchan contra esta compulsión, y sus resultados inmediatos, el descenso de sus salarios, de su tipo de vida; y esto lo hacen y deben hacerlo como clase é individualmente, exactamente como el esclavo de los grandes señores romanos, aunque claramente se sentía como parte de la casa, colectivamente era una fuerza en reserva para su destrucción é individualmente desertaba de su amo siempre que podía hacerlo con seguridad. Tenemos aquí otra forma de guerra necesaria en nuestro modo de vivir actual, la guerra de clase contra clase, que cuando llegue al extremo (y parece que este término se aproxima) destruirá aquellas otras formas de guerra de que hemos hablado, hará insostenible la posición de los ganancieros; la guerra comercial perpetua destruirá el sistema actual del privilegio competidor ó la guerra comercial.

He dicho que para la existencia de los trabajadores era necesaria la unión y no la competencia, mientras que para los ganancieros la unión era imposible y la guerra necesaria. La situación actual de los trabajadores es la de la maquinaria comercial, ó en términos más llanos, de sus esclavos; cuando ellos cambien de posición haciéndose libres, la clase de ganancieros dejará de existir y cuál será entonces la situación de los trabajadores? aun tal como está ahora, ellos son la única parte necesaria de la sociedad, la que da vida, las otras clases no son más que parásitos que viven de ellos; pero ¿qué serían, qué serán, cuando una vez para siempre lleguen á conocer su poder real y dejan de competir unos con otros por ganarse la vida? os lo diré: serán la sociedad, serán la comunidad, y siendo la sociedad, esto es, no habiendo ninguna clase fuera de ellos con que luchar, podrán arreglar su trabajo en conformidad con sus propias necesidades reales. Habéis oído hablar de oferta y demanda, pero esta oferta y demanda se entiende bajo el dominio del mercado de los jugadores de bolsa; la demanda es forzada antes de haber oferta y por otra parte los productores no pueden quedar ociosos, puesto que cada uno trabaja contra todos hasta que el mercado está atestado, y los trabajadores echados á la calle oyen decir que ha habido exceso de producción, y en medio de este exceso de géneros invendibles ellos van desprovistos hasta de lo necesario, porque la riqueza que ellos han creado está mal distribuída, es decir, que se les ha despojado de ella injustamente. Cuando los trabajadores sean sociedad, regularán su trabajo de modo que la oferta y la demanda serán genuinas, no de juego; los dos factores serán entonces proporcionales, porque es la misma sociedad que demanda la que ofrece, no habrá mas carestías artificiales, no más pobreza en medio de exceso de producción, en medio de existencias demasiado grandes, precisamente de las cosas que deberían abastecer á la pobreza convirtiéndola en bienestar. En fin, no habrá despilfarro y no habrá tiranía.

Pues bien, lo que el socialismo os ofrece en lugar de estas carestías artificiales con su sobreproducción es, para repetirlo, la regulación de los mercados, oferta y demanda proporcionales; nada de juego y por lo tanto nada de despilfarro; nada de exceso de trabajo y cansancio para el trabajador durante un mes, y falta de trabajo y sobra de hambre al mes siguiente, sino trabajo continuo y mucho tiempo libre cada mes; nada de mercancías baratas para el mercado, es decir, géneros adulterados que casi no contienen nada bueno, meros andamios para construir ganancias; nada de invertir trabajo en cosas que las gentes dejarán de usar cuando dejarán de ser esclavos; abolida la ganancia se fabricarán tan sólo las cosas de utilidad real, y no como ahora las que convienen á los ganancieros del país y del extranjero.

Hay que tener presente que al menos en todo país civilizado hay abundancia de todo para todos, ó podría haberla aún con la mala dirección actual del trabajo; la distribución equitativa de la riqueza que existe haría á todos relativamente acomodados; pero esto no es nada en comparación con la riqueza que pudiera haber si el trabajo no estuviese mal dirigido.

Obsérvese que en los primeros días de la historia el hombre era el esclavo de sus necesidades más inmediatas; la naturaleza era poderosa y él era débil, tenía que luchar constantemente por su pan de cada día y el abrigo que podía conseguir. Su vida era atada y limitada por esta lucha constante; toda su moral, ley, religión, era el resultado y el reflejo de esta incesante lucha por ganarse la vida. Pasó el tiempo y poco á poco se hizo más fuerte, cada paso le servía de palanca para subir un peldaño más, hasta que ahora, después de tantos siglos

ha vencido á la naturaleza casi por completo, y sería de pensar que tuviera ya suficiente tiempo libre para elevar sus pensamientos hacia cosas superiores á lo de proporcionarse la comida de mañana. Pero ¡ay! su progreso ha sido interrumpido y paralizado, y aunque realmente ha vencido á la naturaleza obligándola á hacer lo que quiere, tiene todavía que conquistarse á sí mismo, tiene todavía que pensar cómo emplear mejor las fuerzas que ha domado, pues ahora las usa ciega y brutalmente como impelido por la pura fatalidad. Casi parece como si algún fantasma de la incesante busca de alimento que antes era el dueño del salvaje, acosase todavía al hombre civilizado, quien se afana en un sueño, por decirlo así, perseguido por nebulosas esperanzas y llevado por vagos recuerdos de los días pasados. De este sueño hemos de despertarnos y llevar las cosas como realmente son; la conquista de la naturaleza es completa y ahora nuestra tarea es y ha sido desde mucho tiempo la organización del hombre que maneja las fuerzas de la naturaleza, y mientras esto no se haya intentado al menos, no quedaremos libres de aquel terrible fantasma, del miedo al hambre que con su hermano demonio el deseo de dominación nos impele á la injusticia, la crueldad y vileza de toda clase: dejad de temer á vuestros prójimos y aprended á confiar en ellos; acabar con la competencia y establecer la cooperación es nuestra única necesidad.—(*The Commonwealth*.)

(Se continuará.)

MISCELÁNEA

ORGANIZACIÓN de la Ignorancia Pública pudiera llamarse el estado á que se ven reducidos los profesores de instrucción primaria en España. Véanse los datos que tomamos del discurso de Labra publicado por *Las Dominicales*:

«Asombra, señores, que más de las dos terceras partes de los maestros de España no lleguen á 10 reales diarios; sólo 269 cobran de 1,650 á 2,000 pesetas al año. En punto á maestras, hay que advertir que, de 6,626 (que es el número total en España, comprendidas las que tienen título y las que carecen de él), nada menos que 6,161 están por bajo de 3,600 reales. Sólo 170 maestras disfrutan de 1,100 á 1,333 pesetas. Asombra que en la provincia de León, rayana á Asturias haya pobres maestros que para poder enseñar tengan que sujetarse á ir dando lecciones de casa en casa, mendigando el pan y afrontando motes ridículos como el de *Catapotes*. Asombra que en esta misma provincia de Madrid haya habido, hasta hace poco, profesores con 75 pesetas de sueldo al año; asombra que, para sostenerse, no sé si más de 2,500 de los 15,000 maestros que hay en España, necesiten dedicarse á otros oficios y ocupaciones, como la de sacristán, organista, secretario de ayuntamiento y hasta alguacil. Y se acercan á 10,000 las escuelas (inclusiva las de Barcelona), donde subsiste la llamada *retribución escolar*, gratificación que el alumno da directamente al profesor que desempeña una función pública.

»Decidme, señores: cuando faltan medios de vida y no se está en las condiciones necesarias para mantener una regular independencia, decidme: ¿qué prestigio, qué carácter, qué fuerza ha de tener un hombre, verdadero émulo del misionero, en condiciones quizá más delicadas y difíciles? ¿Y cómo ha de moverse si el cacique y el alcalde le creen constantemente un motivo de gasto y una causa de perturbación? ¿Cómo han de representar esos hombres el movimiento contemporáneo? ¿Por dónde han de sostener el interés general que supone la nacionalidad y la nota característica de una función social, desempeñada por la insuficiencia de la acción privada por el Estado central? El último delegado de Hacienda tiene más independencia y más representación social.»

Por cierto que el colega lanza la idea de aprovechar el orador como futuro ministro de Instrucción pública de la República, como si el mal ó el bien sólo dependiese de la perversidad de un gobierno ó de la elocuencia de un discursante, y como si en esto de la miseria de la enseñanza no tuviera gran parte esa burguesía sólo apta para explotar é ineficaz y mala para toda iniciativa generosa.

Afortunadamente, la instrucción que la burguesía española niega á los trabajadores en la escuela la encuentran éstos en la sección de su oficio y en sus federaciones, y si los privilegiados se creen seguros porque se reparten el producto del trabajo nacional

despojando á los productores, y no recuerdan ya que su Mendizabal despojó al clero para crear la burguesía, la revolución continuará su obra y desposeerá á los actuales monopolizadores en beneficio de todos los desheredados.

En Julio de 1883 se celebró en Valencia una reunión llamada Congreso Sociológico. «Aquel Congreso, según *El Obrero*, fué de una importancia inmensa, hizo mucho á pesar de ser el primero, pues que á nadie sino á él, á su influencia y resonancia, se debe la información hecha por la Comisión de Reformas Sociales.» Ahora, según el mismo colega, «se necesita otro Congreso Sociológico que ponga de relieve y evidencie lo ineficaz é incompleta que es la obra dispositiva de la Comisión de Reformas Sociales.»

Comprendiendo, pues, que es necesario un segundo congreso que destee lo que el primero tejió, irán los obreros que profesan la utopía de la mejora práctica tejiendo su tela de Penélope, á la vez que secundando los propósitos y los intereses de los burgueses catalanes, los peores de la especie, según la opinión de un sabio catalán recientemente manifestada.

En esta obra digna de la actividad de las ardillas toma la iniciativa la sociedad burguesa denominada Centro Industrial de Cataluña, con el propósito de «tratar las distintas causas que motivan las crisis, lo mismo que las distintas leyes que podrían mejorar el lamentable estado en que se halla la digna y honrada clase obrera,» y le secundan varias sociedades adormideras, bajo los auspicios de *El Obrero*, que tiene á mucha honra ese patrocinio, y, según dice, «tiene fe en que los resultados del Congreso han de ser el plantel de las futuras leyes del trabajo.»

Nosotros, que no consideramos honroso secundar como pobres instrumentos los propósitos de ninguna corporación burguesa, lo que sin duda es causa de que con nosotros no se cuente para ese trabajo, prometemos estar á la mira.

Hé aquí la opinión de F. Engels sobre la famosa organización de los Caballeros del Trabajo.

«Esta agrupación es la más típica del movimiento obrero de los Estados Unidos y sin duda alguna la más fuerte. Es esta una inmensa asociación esparcida sobre una inmensa extensión de país en innumerables *asambleas* que representan todos los matices de las opiniones individuales y locales de la clase trabajadora. Todos los asociados hallanse unidos por el lazo de un programa asaz indeterminado, y se mantiene la unión, no por su impracticable constitución, sino por el sentimiento instintivo de que por la unión constituyen una gran potencia en el país. Un enigma de contradicciones verdaderamente americana, que une los esfuerzos más modernos á las ridiculeces más ritualistas de la Edad Media, y que oculta el espíritu más igualitario y aun más insurreccional detrás de un despotismo aparente é impotente en la realidad, tal es el espectáculo que los Caballeros del Trabajo presentan á un observador europeo. Pero si no nos detenemos ante ciertas extravagancias exteriores, veremos en esta vasta aglomeración una suma enorme de energía latente que evoluciona lentamente pero con igualdad y con fuerza positiva. Los Caballeros del Trabajo son la primera organización nacional creada por el conjunto de la clase trabajadora americana. Poco importa su origen y su historia, su programa y su constitución, sus defectos y sus absurdos; lo cierto es que representan la obra práctica de los asalariados americanos, el único lazo nacional que los une, que les hace sentir su propia potencia, se la manifiesta á sus enemigos y les llena de firme esperanza en la victoria futura. No puede decirse que los Caballeros del Trabajo sea una organización susceptible de desarrollo, sino que es una masa en plena vía de desarrollo y revolución, materia humana en fermentación, en trabajo de la forma adecuada á su propia naturaleza; y que alcanzará esta forma es tan seguro como que la evolución histórica tiene, como la evolución natural, sus propias leyes inmanentes. Que los Caballeros del Trabajo conserven entonces ó no su nombre, poco importa; pero lo que resulta evidente para quien observa desde fuera es que esa agrupación es el elemento primero de donde saldrá el porvenir del movimiento obrero americano y por consiguiente de la sociedad americana en general.»

Le Révolté publica un estudio sobre esa misma organización, do de no resulta tan benévola juzgada. Como este asunto interesa mucho á los trabajadores europeos, especialmente á los meridionales, daremos un extracto de ese estudio en otro número.

El presupuesto de guerra y marina de varios Estados de Europa cuesta 93,000 millones y medio de pesetas tomados á préstamo para liquidar sus gastos; á esta renta han de añadir anualmente 3,392 millones para tener el ejército y la marina preparados para cualquier eventualidad.

No hay riqueza, crédito ni producción capaz de dar abasto a tan descomunal despilfarro, y los gobiernos del actual régimen político y capitalista son impotentes para poner un freno á tan desbocado desbarajuste. De donde hay que deducir necesaria y lógicamente que la revolución social se impone por la ley de la necesidad, y su más poderoso auxiliar es esa misma burguesía que tanto la teme.

El Consejo imperial ruso está estudiando actualmente el proyecto de crear en San Petersburgo una Universidad destinada exclusivamente á la mujer.

En el nuevo centro de enseñanza habrá tres facultades: de Historia y Filosofía, de Ciencia naturales y Matemáticas, y de Medicina, con programas iguales á los de las otras Universidades del imperio.

El colega de donde tomamos la noticia hace notar con extrañeza que no figura el Derecho en el plan de estudios de la futura Universidad femenina, y nosotros suponemos que la omisión será debida á un resto de preocupación; y si esto es así, feliz preocupación esta que preserva de los sofismas legislativos la inteligencia femenina que se quiere elevar á las elevadas esferas de la ciencia; por ella se salvará la mujer de muchos errores y alcanzará el conocimiento de verdades positivas.

Como se ve, aun pueden aprender algo los Estados liberales de Europa del coloso absolutista del Norte.

Dice la *Friheit*:

«El valor de todas las casas de Nueva-York acaba de ser apreciado en 1,257.275,903 duros, ó sea en más de seis mil millones de pesetas. La mitad próximamente de esta cantidad ha sido pagada á cambio de la adquisición de los solares y de los trabajos de edificación. Pero la otra mitad es sólo debida al simple hecho del aumento de la población.

»Hay unas treinta mil personas que se embolsan tres mil millones de pesetas únicamente porque Nueva-York tiene una excelente posición geográfica.

»De modo que la población de Nueva-York paga á los propietarios 200 millones de pesetas anuales, ó sean 150 pesetas por habitante.»

¿Y aun hay quien dice que el pueblo no se apoderará de esas casas en cuanto pueda y sin indemnización alguna? Si no lo hiciera habría que desesperar de la regeneración de la humanidad.

Nuestro corresponsal de Montevideo nos ha dirigido una interesante correspondencia, dándonos cuenta de la situación de los trabajadores en la República Oriental, así como del desarrollo y propaganda de las ideas ácrata-colectivistas.

Para darla mayor y más apropiada publicidad la hemos entregado á nuestro querido colega *El Productor*, que la ha insertado en su número de 19 del corriente. Por ella podrán ver nuestros compañeros y lectores que las ideas emancipadoras se abren paso perosamente en aquel país, pero el pabellón está bien sostenido, y como no ha de faltar la necesaria constancia, es de esperar que la explotación capitalista y los errores políticos vendrán en ayuda de nuestras ideas.

Nuestro estimado colega *Le Révolté*, ha publicado dos artículos con el título de «Comunistas y colectivistas», que nos proponemos publicar y comentar en nuestro número siguiente y sucesivos, según la extensión que el trabajo reclame.

Es asunto este por demás interesante, en que todos los que tengan en más la precisión científica y la severidad lógica que las preocupaciones sectarias han de fijar su desapasionada atención.

Del estudio comparativo de diferentes principios y tendencias, ha de resultar para el lector la convicción con todos los caracteres de la evidencia, y si conseguimos que nuestros compañeros estudiosos alcancen ilustración superior á la de sus mentores, *ACRATA* habrá llenado cumplidamente su objeto.

La Dirección general de estadística de Italia, acaba de publicar la relativa á la emigración italiana durante los últimos años.

De 1869 á 1886 el número de emigrantes ha subido de 120,000 á 168,000 por año, con un máximo de 160,000 en 1883 y un mínimo de 96,000 en 1878.

La mayor parte de los emigrantes se expatrian sin intención de volver á su país. Esta clase va en aumento desde 1878. Las provincias que dan mayor contingente á la emigración *temporal* son el Véneto, la Lombardia y el Piamonte. Los emigrantes que se van para no volver salen en su mayoría de la Liguria, Cosenza, Salerno y Plasencia.

Como se vé, el movimiento de emigración es mucho más poderoso en el Norte y Mediodía de Italia, ó sea en las provincias agrícolas.

Las causas que más influyen en la emigración son en el Norte, el deseo de mejorar de fortuna, y en el Mediodía la más absoluta miseria.

Tomando como base de comparación el movimiento de 1886, vemos que los trabajadores agrícolas forman el 54'46 por 100 del total de emigrantes; los peones de obras públicas y particulares, el 17'46 por 100; los albañiles y picapedreros, el 12'24 por 100; los artesanos y obreros, el 7'86 por 100 y los empleados de comercio y de industria el 3'87 por 100.

La mayor parte de los peones emigran sólo temporalmente.

No hay partida alguna en esa estadística para los comerciantes, banqueros, fabricantes, curas, militares, favorecidos del presupuesto, rentistas, ni de todos aquellos que viven á expensas de los trabajadores.

Para aquéllos la patria con sus campos cultivados, sus bosques, sus montañas, sus ríos, sus ciudades cuajadas de hermosos monumentos, sus fábricas, sus almacenes repletos de todo género de productos, sus caminos, sus vías férreas, sus puertos, sus buques y todo cuanto constituye su riqueza natural y producida; para los trabajadores la miseria y la expatriación á lejanos países donde enriquecerán otra patria que les arrojará también después de su seno.

En la patria del capitalismo el trabajador es como un judío de la Edad Media, privado de todo derecho, y para que la comparación resulte exacta, recuérdese como los señores cristianos de aquellos tiempos se servían de los judíos en sus apuros, y manifestaban su gratitud por el incendio, el saqueo, la violación y el asesinato; del mismo modo que el moderno capitalista explota á los trabajadores por el acaparamiento de todos los medios de vida, el salario y la usura, reduciéndolos en cambio á la miseria, á la emigración, si no emplea la deportación ó las bayonetas.

En la patria del capitalismo, digan lo que quieran los sentimentalistas, el trabajador será siempre extranjero.

MOVIMIENTO SOCIAL

Pocos hechos puede registrar la crónica de los que acostumbramos á consignar en esta sección, si por movimiento social se entiende únicamente la realización de actos trascendentales respecto de la propaganda ó de la acción. No ha reclutado el proletariado militante ninguna nueva agrupación obrera; no se trata de nuevas operaciones de resistencia: antes al contrario las agrupaciones existentes se hallan algo debilitadas por el escepticismo ó el exclusivismo sectario, y la huelga no goza actualmente del mayor crédito. Parece como que el proletariado hubiese entrado en un período de lasitud ó aceptado una tregua.

A pesar de tanta calma nunca los poderes y las clases privilegiadas se han preocupado tanto de la cuestión social y de las reivindicaciones proletarias; siendo de notar que si tiempo atrás sólo se pensaba en la represión, se procuran al presente cierto género de facilidades.

Los gobiernos y los partidos de la oposición hállanse conformes en reconocer en principio la justicia de las aspiraciones proletarias, formando notable contraste la conducta de hoy con las persecuciones anteriores; las corporaciones científicas y económicas de todos los países civilizados discuten bajo temas diferentes si al derecho social ha de dársele la misma extensión que la revolución ha dado al derecho político, resultando de estas discusiones un cuerpo de doctrina sociológica que amenaza extinguir las añejas teorías tradicionales; los hombres de pensamiento activo y de carácter independiente se lanzan al estudio y analizan los fundamentos sociales presentes y pasados, destruyendo el prestigio de que la sociedad venia rodeada por la manifestación palpable y evidente de sus errores y absurdos.

En comprobación de lo que dejamos sentado, basta recordar los trabajos que tienen entre manos varios gobiernos de Europa respecto á legislación sobre las condiciones del trabajo, así como los acuerdos de ciertas corporaciones científicas y la publicación de varias importantes obras sociológicas y literarias, cuyo detalle no creemos necesario exponer por suponerle conocido de nuestros lectores.

Débase esto á que las aspiraciones emancipadoras del proletariado han adquirido la consistencia necesaria para acreditarse de prácticas en breve plazo, al paso que las instituciones sociales en que se desarrolla penosamente la vida, han alcanzado la suma de descrédito necesaria para ser abandonadas, y los privilegiados de hoy se preparan á ser los privilegiados de mañana.

Sí, preciso es reconocerlo: estúdiase la historia para reducir á leyes fijas la evolución progresiva del bien y la desaparición retrogradativa del mal; compárase las condiciones esenciales de las instituciones pasadas con las propias de la naturaleza humana; examínase con criterio puramente científico el valor positivo de todas las teorías socialistas, y mientras trabajo tan útil se elabora aumentando el caudal de los humanos conocimientos, hay gentes que inventan mixtificaciones y preparan sofismas para adulterar la verdad.

A la revolución próxima se pretende quitarla el carácter liberal y nivelador que ha de informarla, para reducirla á una nueva evolución burguesa y á originaria de un futuro quinto estado.

Los privilegiados de nuestros días, excepción hecha de los españoles cuya ignorancia se excusa por la impudencia con que irregularizan la fortuna pública y mixtifican los productos de la industria, tienen ciencia y cinismo para defenderse, y no imitarán á sus congéneres del siglo pasado, cuya ignorancia les permitió, en un momento solemne, dejarse llevar por impremeditado sentimiento y hacer la abdicación de sus privilegios en el famoso Juego de Pelota y asociarse á la fiesta de la Federación.

Tenemos, pues, un proletariado que duerme ó malgasta su actividad en luchas estériles después de haber dado un gran impulso, y una burguesía que comprende que no bastan las medidas coercitivas contra las reivindicaciones revolucionarias, sino que es preciso prevenirlas por el brillo de la superioridad de su instrucción y por el desvío de los racionales ideales.

Otra circunstancia importante caracteriza la época actual: la línea divisoria entre burguesía y proletariado ha perdido toda estabilidad y varía sin cesar en el sentido de reducir el número de privilegiados y de aumentar el de proletarios con los restos que la ruina, la bancarrota, la intriga y la perpetua crisis arrojan del campo burgués.

Las excrecencias burguesas que vienen á nuestro campo tienen el sentimiento agotado por la desesperación y la inteligencia ofuscada por el escepticismo, y carecen de aquella normalidad en la cual el pensamiento se eleva con dignidad á las grandes concepciones y la voluntad se determina á las acciones generosas. Hombres que habían soñado hacerse ricos por la explotación ó la usura, á la perversidad arraigada en ellos el desengaño añadió la idea de venganza, y como su número aumenta incesantemente, porque la absorción capitalista se efectúa cada día en mayores proporciones, y la marcha del capitalismo conduce infaliblemente, si la revolución no le sale al paso, á la creación de un poder millonario ejercido por reducidísimo número de favorecidos, resulta que un día arrojarán á la lucha revolucionaria el contingente de su malicia, de sus odios, de sus venganzas, de su astucia y de su hipocresía, y ¡ay! entonces de los trabajadores que cándidamente esperen que lo que después venga ha de redimirlos de la explotación y de la tiranía. ¡Terrible desengaño! La víctima, desvanecida la ilusión revolucionaria, se sentirá otra vez víctima; con la diferencia de que si antes tenía esperanza, la desesperación vendrá después á dar incomparable amargura á su miseria.

No se crean estos temores producto de influencias pesimistas sino más bien resultado de la reflexión desapasionada. No hay revolución en la historia que se haya efectuado tal como la concibieron los partidos revolucionarios que la allanaron el camino y que previamente formularon sus programas. Efecto la revolución más de causas materiales, de la insuficiencia y de la inestabilidad de los regímenes anteriores, que del desarrollo de las ideas, por cuanto las mismas ideas revolucionarias tuvieron su principal origen en esas mismas causas materiales, prodúcese envolviendo en su tempestuoso torbellino las ideas progresivas y las reaccionarias, los intereses creados, las preocupaciones, los odios, las esperanzas y las utopías, abriéndose luego un nuevo cauce á la vida social muy distante de todas las previsiones; y lo que ha pasado se reproducirá en lo porvenir si quedan en pie las mismas causas.

Es una insensatez confiar en que el progreso vendrá á dar la razón á nuestros particulares ideales, por racionales y justos que nos parezcan, si el motor que le impulsa no trabaja en ese sentido, y más aún si el propio individuo no le presta el concurso de la propia actividad.

Háblase mucho de la fatalidad del progreso; pero se olvida que éste es un resultado, y los resultados sólo se producen mediante causas anteriores. Si á ese conjunto de causas unimos cada uno nuestra actividad é inteligencia el resultado se anticipará; pero si confiamos en la preocupación de la fatalidad del progreso y nos abandonamos á la inactividad, sólo resultará *retroceso*, á menos que causas más poderosas nos salven.

Véase, pues, cómo la burguesía entra también en el movimiento social. A los trabajadores corresponde utilizar las enseñanzas que de este hecho se desprenden. — L.

Tipografía LA ACADEMIA, de la Viuda é Hijos de E. Ullastres, Ronda de la Universidad, 6, Barcelona.